Combate por la Historia

Compilación de textos de Balance
Cuadernos de historia del movimiento obrero

Agustín Guillamón

Combate por la Historia

Agustín Guillamón
Nacido en Barcelona, el 19 de enero de 1950. Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Barcelona y desde 1993 editor de la revista *Balance, Cuadernos de Historia del Movimiento Obrero y revolucionario*, de carácter y vocación internacionalista, con especial interés en recuperar a "los malditos" de la Guerra civil española. Siempre con el objetivo de arrebatar la historia a la incultura del olvido, la falsificación política o el academicismo universitario, porque sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existiría teoría revolucionaria.

Compilación en folleto a cargo de
Proyecto Espartaco

México – CDMX

2023

Combate por la Historia

Balance
Cuadernos de historia del movimiento obrero

Agustín Guillamón

Combate por la Historia 1.1

Manifiesto trapero

La amnesia, pactada por los sindicatos y partidos políticos de la oposición democrática con los últimos gestores del Estado franquista a la muerte del dictador, fue un aspecto más de la Transición, que tuvo importantes consecuencias para la memoria histórica de la Dictadura Franquista y la Guerra Civil. La amnistía significó un borrón y cuenta nueva con el pasado. Ello imponía el olvido deliberado y "necesario" de toda la historia anterior a 1978.

Era preciso reescribir una nueva Historia Oficial, puesto que la versión franquista y la antifranquista ya no servían al nuevo poder establecido, bajo una óptica superadora de los antagonismos que determinaron la guerra civil española.

En la actualidad, desvanecida de la memoria colectiva cualquier referencia conflictiva, antagónica, o que pusiera de manifiesto que la guerra civil fue también una guerra de clases, ha comenzado la tarea de su recuperación como episodio de la historia burguesa.

Los mandarines de la Historia Oficial, minimizado o ignorado el carácter proletario y revolucionario de la guerra civil, acometen la recuperación del pasado como relato de la formación y consolidación histórica de la burguesía democrática, o en las autonomías históricas, como justificación de su constitución en nación. Se arrebata a la clase obrera su protagonismo histórico, en beneficio de los nuevos mitos democráticos y nacionalistas de la burguesía que detenta ahora el poder económico y político.

LA MEMORIA HISTÓRICA ES UN CAMPO DE BATALLA DE LA LUCHA DE CLASES

Las instituciones burguesas del aparato cultural del Estado tratarán siempre de controlar y utilizar la historia en su provecho, ocultando, ignorando o tergiversando los hechos que cuestionan o ponen en entredicho la dominación de clase, a lo cual se avienen gustosos, salvo raras y honrosas excepciones, los académicos e historiadores profesionales. La publicación de Queridos camaradas de Elorza y Bizcarrondo; los capítulos de Casanova, Solé y Villarroya, del libro Víctimas de la guerra civil, coordinado por Santos Juliá, que es además autor de una introducción "antológica"; o el inefable curso sobre la guerra civil, organizado en marzo-mayo pasados por el servil Museo de Historia de Cataluña, son los ejemplos más recientes que ilustran la Historia Oficial de que se habla en este Manifiesto.

LA HISTORIA OFICIAL ES LA HISTORIA DE CLASE DE LA BURGUESÍA

La objetividad, como idea platónica, no existe en la realidad de una sociedad dividida en clases sociales. En el caso concreto de la historia de la Guerra Civil, la Historia Oficial se caracteriza por su EXTRAORDINARIA ineptitud y su no menos EXTRAVAGANTE actitud. La INEPTITUD radica en su incapacidad absoluta para alcanzar, o siquiera intentarlo, un mínimo rigor científico. La ACTITUD viene dada por su consciente IGNORANCIA o NEGACIÓN de la existencia de un potentísimo movimiento revolucionario, mayoritariamente libertario, que condicionó, se quiera o no, todos los aspectos de la guerra civil.

Estos funcionarios de la burguesía, en el campo de la historia, incurren en diversas aberraciones intelectuales (aberrantes incluso desde una perspectiva burguesa): EXALTAN Y ELOGIAN los métodos y la eficacia represiva del SIM[1]. Quizás no son demasiado conscientes de que con ello están elogiando la tortura, y hasta es posible que personalmente sean partidarios del procesamiento de Pinochet. Pero es este

[1] Servicio de Información Militar (SIM) órgano estalinista durante la guerra civil en España.

un aspecto que, como ningún otro, delata la influencia de la perspectiva e intereses de clase en el trabajo histórico, porque ese elogio de la eficacia del SIM contra los revolucionarios, corre paralelo al horror mostrado ante la violencia de clase, desencadenada en julio de 1936 por los "incontrolados" contra la burguesía. Pueden ser especialistas en el tema de la violencia, contables eficientes de muertes violentas, que muestran sin embargo una total parcialidad cuando califican de "terror" anarquista o "eficacia" policíaca lo que no deja de ser siempre violencia de una clase contra otra. Sólo que para ellos la violencia obrera es terror, y en cambio, la violencia del SIM es eficacia. No hay más razón que su perspectiva de clase.

La violencia se mide por un doble rasero, según la toma y daca de quien la ejerza o la sufra. NIEGAN, aunque prefieren IGNORAR, porque resulta más cómodo, efectivo y elegante, la fuerza decisiva en la zona republicana de un movimiento revolucionario, mayoritariamente anarquista. NIEGAN, o disminuyen hasta límites que falsifican los hechos, documentalmente probados, el enorme papel represivo, reaccionario y cómplice de la Iglesia Católica en el golpe de estado militar, y su participación activa en la preparación, desencadenamiento y bendición de la posterior represión fascista. LAMENTAN que George Orwell escribiera un "maldito" libro que jamás debió leerse, y Ken Loach filmara una "horrorosa" película que jamás debió verse.

Queremos lanzar una señal de ALARMA contra una creciente marea de historiadores revisionistas de la guerra civil española. ALARMA por la decidida falsificación de los hechos históricos de que hacen gala, pese a la documentación disponible. Los hechos mismos pasan a la clandestinidad y los documentos son ignorados, o malinterpretados. La historiografía sobre la guerra civil ha pasado de ser una historia militante, hecha por protagonistas y testigos de la guerra civil, con todos los riesgos que ello supone, pero también con la pasión insustituible de quien no juega con palabras porque antes se ha jugado la vida, a ser una historia académica mema, caracterizada por el disparate, la incomprensión e incluso el desprecio a los militantes y organizaciones del movimiento obrero. ALARMA ante la creciente banalización de la Historia Oficial, y la metódica marginación de las in-

vestigaciones que ponen de relieve el decisivo papel histórico del movimiento obrero, por más rigurosas que sean. En realidad, existe una absoluta incapacidad por parte de los historiadores burgueses no ya para comprender, sino siquiera aceptar, la existencia histórica de un movimiento revolucionario de masas en la España de 1936. Nos hallamos ante una historia negacionista del movimiento revolucionario que se desarrolló durante el período de la guerra civil.

La Historia Oficial plantea la guerra civil como una dicotomía entre fascismo y antifascismo, que facilita el consenso entre los historiadores académicos de izquierda y derecha, los nacional-catalanistas y los postestalinistas que, todos juntos, coinciden en descargar el fracaso republicano en el radicalismo de anarquistas, poumistas y masas revolucionarias, que se convierten de este modo en la víctima propiciatoria común.

Con la ignorancia, omisión o minimización de las connotaciones proletarias y revolucionarias que caracterizaron el período republicano y la guerra civil, la Historia Oficial consigue ponerlo todo del revés, de forma que sus principales popes se imponen la tarea de reescribirlo todo DE NUEVO, y consumar de este modo la expropiación de la memoria histórica, como un acto más del proceso de expropiación general de la clase trabajadora. Pues, a fin de cuentas, la historiografía es quien elabora la Historia. Si, paralelamente a la desaparición de la generación que vivió la guerra, los libros y manuales de la Historia Oficial ignoran la existencia de un magnífico movimiento anarquista y revolucionario, dentro de diez años se atreverán a decir que ese movimiento NO HA EXISTIDO. Los mandarines creen firmemente que NUNCA ha existido aquello sobre lo que ELLOS no escriben: si la historia cuestiona el presente, la niegan.

Hay una contradicción flagrante entre el oficio de recuperación de la memoria histórica, y la profesión de servidores de la Historia Oficial, que necesita olvidar y borrar la existencia en el pasado, y por lo tanto la posibilidad en el futuro, de un temible movimiento obrero revolucionario de masas. Esta contradicción entre el oficio y la profesión se resuelve mediante la ignorancia de aquello que saben o deberían saber; y eso les convierte en necios. La Historia Oficial preten-

de ser objetiva, imparcial y global. Pero se caracteriza por su incapacidad para reconocer el carácter clasista de su pretendida objetividad. Es necesariamente parcial, y no puede adoptar más perspectiva que la perspectiva de clase de la burguesía. Es necesariamente excluyente, y excluye del pasado, del futuro y del presente a la clase obrera. La Sociología Oficial insiste en convencernos que ya no existe la clase obrera, ni la lucha de clases; a la Historia Oficial le toca convencernos de que nunca existió. Un presente perpetuo, complaciente y acrítico banaliza el pasado y destruye la conciencia histórica.

Los historiadores de la burguesía tienen que reescribir el pasado, como lo hacía una y otra vez el Gran Hermano. Necesitan ocultar que la Guerra Civil fue una guerra de clases. Quien controla el presente, controla el pasado, quien controla el pasado, decide el futuro. La Historia Oficial es la historia de la burguesía, y hoy tiene por misión mitificar los nacionalismos, la democracia liberal y la economía de mercado, para convencernos de que son eternos, inmutables e inamovibles.

Los firmantes de este Manifiesto declaran su beligerancia en este COMBATE POR LA HISTORIA.

Barcelona, 8 de julio de 1999.

Combate por la Historia 1.2

El ser precede a la conciencia. Dicho de otra forma, la conciencia es un atributo del ser. Sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existe teoría revolucionaria, ni avance teórico. Entre la teoría y la práctica puede existir un lapsus de tiempo, más o menos largo, en el que el arma de la crítica se transforma en la crítica de las armas. Cuando un movimiento revolucionario hace su aparición en la historia rompe con todas las teorías muertas, y suena la hora anhelada de la acción revolucionaria, que por sí misma vale más que cualquier texto teórico, porque pone al descubierto sus errores e insuficiencias. Esa experiencia práctica, vivida colectivamente, hace estallar las inútiles barreras y los torpes límites, fijados durante los largos períodos contrarrevolucionarios. Las teorías revolucionarias prueban su validez en el laboratorio histórico.

Conocer, divulgar y profundizar en el conocimiento de la historia revolucionaria, negando las falacias y deformaciones esculpidas o escupidas por la "sagrada" historiografía burguesa, desvelando la auténtica historia de la lucha de clases, escrita desde el punto de vista del proletariado revolucionario, es ya, en sí mismo, un combate por la historia, por la historia revolucionaria. Combate que forma parte de las luchas de clases, como cualquier huelga salvaje, la ocupación de fábricas, una insurrección revolucionaria, "La conquista del pan" o "El Capital".

La clase obrera, para apropiarse de su pasado, ha de combatir las visiones socialdemócratas, neoestalinistas, catalanistas, liberales y neofranquistas. El combate proletario por conocer su propia historia es un combate, entre otros muchos más, de la guerra de clases en curso. No es puramente teórico, ni abstracto o banal, porque forma parte de la propia conciencia de clase, y se define como teorización de las experiencias históricas del proletariado internacional, y en España debe comprender, asimilar y apropiarse, inexcusablemente, las experiencias del movimiento anarcosindicalista en los años treinta.

Las fronteras de clase profundizan un abismo entre revolucionarios y reformistas, entre anticapitalistas o defensores del capitalismo. Quienes levantan la bandera nacionalista, sentencian la desaparición del proletariado o defienden el carácter eterno del Capital y del Estado están al otro lado de la barricada, se digan anarquistas o se llamen marxistas. La alternativa se da entre los revolucionarios, que quieren suprimir todas las fronteras, arriar todas las banderas, disolver todos los ejércitos y policías, destruir todos los Estados; romper con cualquier totalitarismo o mesianismo mediante prácticas asamblearias y de autoemancipación; terminar con el trabajo asalariado, la plusvalía y la explotación del hombre en todo el mundo; atajar las amenazas de destrucción nuclear, defender los recursos naturales para las futuras generaciones..., y los conservadores del orden establecido, guardianes y voz de su amo, que defienden el capitalismo y sus lacras. Revolución o barbarie.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase asalariada y explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada; lucha porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en clase revolucionaria consciente, enfrentada al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus posiciones políticas por medio de la toma de conciencia de sus insuficiencias o lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases de los distintos grupos de afinidad revolucionarios y de las diversas organizaciones del proletariado.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente o del pasado, el sabotaje, la organización de un grupo revolucionario, el ciego estallido de un motín, o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases.

La vida de un individuo es demasiado breve para penetrar profundamente en el conocimiento del pasado, o para ahondar en la teoría revolucionaria, sin una actividad colectiva e internacional que le permita hacerse con la experiencia de las generaciones pasadas, y a su vez le permita servir de puente y acicate a las generaciones futuras.

¡LA MEMORIA HISTÓRICA ES UN CAMPO DE BATALLA DE LA LUCHA DE CLASES!

Barcelona, enero de 2015

¿QUÉ ES EL ESTADO?

Reflexiones sobre la violencia política

El Estado detenta el monopolio del poder político y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia, la definición de legalidad y la administración de la justicia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera como delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalista.

Podemos encontrar mil definiciones distintas del Estado. Pero básicamente se reducen a dos. Una, amplia, que habla impropiamente del Estado ya en las primeras civilizaciones de Mesopotamia y Egipto, y después de Grecia y Roma, que no vamos a utilizar, y que es inadecuada para estudiar la actual sociedad capitalista en la que vivimos. Se trata de una definición que, en todo caso, necesita calificar al Estado con el modo de producción imperante: Estado esclavista, Estado feudal, Estado capitalista. Otra, reducida, en la que se utiliza el concepto actual del Estado, o Estado capitalista, o Estado moderno, como poder soberano absoluto o único en cada país, que es la que aquí utilizaremos.

El Estado es una forma histórica reciente de organización política de la sociedad, surgida hace unos quinientos años, en algunos países, con el fin del feudalismo, el auge del mercantilismo y las primeras manifestaciones del sistema de producción capitalista. La aparición del Estado suponía la desaparición de las formas feudales de organización política. El concepto de Estado surge con la aparición histórica del sistema de producción capitalista. Es la organización política adecuada al capitalismo. La proyección de este concepto a las antiguas civilizaciones es una anacronismo infértil y confuso.

En la sociedad feudal la soberanía era entendida como una relación jerárquica entre una pluralidad de poderes. El poder del Rey se fundamentaba en la fidelidad de otros poderes señoriales y los poderes del Rey eran venales, esto, es, podían venderse o cederse a la nobleza: la administración de la justicia, el reclutamiento del ejército, la recaudación de los

impuestos, los obispados, etcétera, podían ser vendidos al mejor postor o adjudicados en una compleja red de favores y privilegios. La soberanía residía en una pluralidad de poderes, que podían subordinarse o competir entre sí.

El Estado, en la sociedad capitalista, convierte la soberanía en un monopolio: el Estado es el único poder político de un determinado territorio. El Estado detenta el monopolio del poder político, y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia, la definición de legalidad y la administración de la justicia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera como delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalistas, y por lo tanto es perseguido, castigado y aniquilado.

En la sociedad feudal las relaciones sociales estaban basadas en la dependencia personal y el privilegio. En la sociedad capitalista las relaciones sociales sólo pueden darse entre individuos jurídicamente libres e iguales. Esta libertad e igualdad jurídicas (que no de propiedad) son indispensables para la formación y existencia de un proletariado que provea de mano de obra barata a los nuevos empresarios fabriles. El obrero ha de ser libre, también libre de toda propiedad, para poder estar disponible y preparado para alquilarse por un salario al amo de la fábrica. Ha de ser libre y carecer de toda dependencia de la tierra que labraba, y de todo sustento o propiedad, para ser expulsado por el hambre, la pauperización y la miseria hacia las nuevas concentraciones industriales donde pueda vender la única mercancía que posee: sus brazos, esto es, su fuerza de trabajo.

A estas nuevas relaciones sociales, propias del capitalismo, les corresponde una nueva organización política, distinta de la feudal: un Estado que monopoliza todas las relaciones políticas. En el capitalismo todos los individuos son libres e iguales (jurídicamente) y nadie guarda ninguna dependencia política respecto al antiguo señor feudal o al nuevo amo de la fábrica. Todas las relaciones políticas son monopolizadas por el Estado.

En los modos de producción precapitalistas las relaciones de producción eran también relaciones de dominación. El esclavo era propiedad de su amo, el siervo estaba ligado a la tierra que trabajaba o dependía de un señor. Esa dependen-

cia ha desaparecido en el capitalismo. El Estado es pues producto de las relaciones de producción capitalistas. El Estado es la forma de organización específica del poder político en las sociedades capitalistas. Existe una separación radical entre la esfera económica, la social y la política.

El Estado monopoliza el poder, la violencia y las relaciones políticas entre los individuos en las sociedades en las que le modo de producción capitalista es el dominante. A diferencia de los que sucedía con las instituciones políticas precapitalistas, el Estado NO ES UNA RELACIÓN DE PRODUCCIÓN. En el sistema de producción capitalista el capital no es sólo el dinero, o las fábricas, o las maquinarias, el capital es también una relación social de producción, y precisamente la que se da entre los proletarios, vendedores de su fuerza de trabajo por un salario, y los capitalistas, compradores de la mercancía "fuerza de trabajo". El Estado debe garantizar el mantenimiento y reproducción de las condiciones que posibilitan la existencia de esas relaciones sociales de producción, esto es, la compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo.

El Estado ha surgido recientemente, hace unos quinientos años, y desaparecerá con las relaciones de producción capitalistas. El Estado pues no es eterno, ha tenido un origen muy reciente y tendrá un fin, más o menos cercano. La teoría política del Estado nació en la Inglaterra del siglo XVII, paralelamente a ese proceso histórico conocido como la Revolución Industrial, con Hobbes.

Hobbes no es sólo el primer teórico, desde el punto de vista cronológico, sino que toda la problemática actual sobre el Estado está ya en Hobbes (y en Locke).

Desde Platón hasta Maquiavelo la teoría política preestatal caracteriza el poder político y la comunidad como algo NATURAL, e identifica comunidad civil y comunidad política. Desde Hobbes la teoría política estatal define el Estado como un ente ARTIFICIAL, separa los conceptos de comunidad civil (sociedad civil) y comunidad política (Estado) y plantea la cuestión de la reproducción del poder político.

El Estado surge desde una contradicción, que le da origen y razón de ser, entre la defensa teórica del bien común o

general y la defensa práctica del interés de una minoría. La contradicción existente entre la ilusión de defender el interés general y la defensa real de los intereses de clase de la burguesía. La razón de ser del Estado no es otra que garantizar la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas. El Estado, por esta misma razón, es incapaz de superar la contradicción existente entre la defensa del interés general (e histórico) de la sociedad (y de la especie humana), que en teoría afirma defender, y los intereses inmediatos del capital y su reproducción, que en la práctica son su objetivo prioritario y exclusivo. El Estado no puede confesar su incapacidad para enfrentarse a los intereses inmediatos de reproducción del capital, ni su permanente necesidad de impulsar el ciclo de valorización, que supone agotar los recursos naturales, contaminar el planeta hasta niveles suicidas, hipotecar el porvenir de las futuras generaciones y poner en peligro la continuidad de la especie humana.

Sin embargo, el Estado, cosificado en sus instituciones, es la máscara de la sociedad, con apariencia de una fuerza externa movida por una racionalidad superior, que encarna un orden justo al que sirve como árbitro neutral. Esta fetichización del Estado PERMITE que las relaciones sociales de producción capitalistas aparezcan como meras relaciones económicas, no coactivas, al mismo tiempo que DESAPARECE el carácter opresivo de las instituciones estatales. En el mercado, trabajador y empresario aparecen como individuos libres, que realizan un intercambio "puramente" económico: el trabajador vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En ese intercambio libre, "sólo" económico, ha desaparecido toda coacción, y el Estado no ha intervenido para nada: no está, ha desaparecido.

La escisión entre lo público y lo privado es una condición necesaria de las relaciones de producción capitalistas, porque sólo así APARECEN como acuerdos libres entre individuos jurídicamente libres e iguales, en las que la violencia, monopolizada por el Estado, ha desaparecido de escena. De todo esto resulta una CONTRADICCIÓN entre el Estado COMO FETICHE, que debe ocultar su monopolio de la violencia, y la coacción permanentemente ejercida sobre el proletariado para garantizar las relaciones de producción capitalistas, esto es, de mantenimiento de las condiciones de

explotación del proletariado por el capital; y el Estado COMO ORGANIZADOR DEL CONSENSO social y de la legalidad, que convoca elecciones libres, permite partidos y asociaciones obreras, legisla conquistas laborales como la asistencia sanitaria, pensiones, horarios, etcétera.

En caso de crisis el Estado capitalista desvela inmediatamente que es antes Estado capitalista que Estado nacional, de pueblos o ciudadanos. El componente coactivo del Estado, ligado a la dominación de clase, es la ESENCIA FUNDAMENTAL de éste, que aparece diáfana cuando consenso social y legitimación estatal son sacrificados en el altar de la sumisión del proletariado a la explotación del capital.

El Estado surge de esa relación contradictoria. Pretende a ocultar su papel represor, como garante de la dominación de clase mediante el monopolio de la violencia, al tiempo que quiere aparecer como organizador del consenso de la sociedad civil, que a su vez legitima al Estado como árbitro neutral. Con esto el Estado fortalece además su dominio ideológico y consigue un dominio más completo y encubierto de la sociedad civil. El Estado, por supuesto, criminaliza toda violencia política (revolucionaria o no) que escape a su monopolio.

Las instituciones fundamentales del Estado son el ejército permanente y la burocracia. Las tareas del ejército son la defensa de las fronteras territoriales frente a otros Estados, las conquistas imperialistas, para ampliar los mercados y acaparar materias primas, y sobre todo la garantía última del orden establecido frente a la subversión obrera y las insurrecciones proletarias. Las tareas de la burocracia son la administración de todas aquellas funciones que la burguesía delega en el Estado: educación, policía, salud pública, prisiones, correo, ferrocarriles, carreteras... El funcionario del Estado, desde el maestro de escuela al catedrático, del policía al ministro, del cartero al médico desempeñan funciones necesarias para la buena marcha de los negocios de la burguesía, mientras no sean un buen negocio para ésta, en cuyo caso se privatizan.

El Estado es la ORGANIZACIÓN del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado por el capital.

El Estado no es pues una máquina o instrumento que pueda utilizarse en un doble sentido: ayer para explotar al proletariado, mañana para emancipar al proletariado y oprimir a la burguesía. No es una máquina que pueda conquistarse, ni que pueda manejarse al antojo del maquinista de turno.

El proletariado no puede conquistar el Estado, porque es la ORGANIZACIÓN política del capital: ha de destruirlo. Si un partido fortalece o reconstruye el Estado, o se limita a conquistar el Estado, no estamos ante una revolución proletaria, sino ante otra forma de capitalismo. El ejemplo histórico más destacado fue el capitalismo de Estado de la extinta Unión Soviética. El Estado no puede ser ABOLIDO de la noche a la mañana por un decreto "revolucionario", o por un acuerdo social de la mayoría de la sociedad, porque es la organización política del capital y sus relaciones sociales de producción: hay que DESTRUIR esas relaciones sociales de producción y su organización política: el Estado. El Estado no puede ser parcialmente sustituido y parcialmente utilizado (como un semi-Estado obrero) por el proletariado contra el capital, en una fase de transición entre el capitalismo y el comunismo, esperando que se EXTINGA como una llama sin oxígeno, porque el Estado es la organización política del capital y garantiza las relaciones sociales de producción capitalistas. No existe una semi-organización del capital ni una semi-garantía de las relaciones sociales de producción, y ya hemos dicho que la máquina Estado no puede utilizarse, ni semi-utilizarse en un doble sentido, ahora para explotar o semi-explotar al proletariado, mañana para emanciparlo o semi-emanciparlo. El Estado es la organización política total y totalitaria del capital (y de su permanente reproducción) para explotar al proletariado. El proletariado no puede usar, ni semiusar para extinguir; ni abolir, ya sea por decreto, acuerdo mutuo, o votación, el Estado: sólo puede destruirlo.

El proletariado ha de destruir el Estado porque éste es la organización política de la explotación económica del trabajo asalariado. La destrucción del Estado es el inicio de una revolución proletaria.

¿Qué sustituye al Estado? La administración de las cosas y de las prioridades de la sociedad en el comunismo. Pero la

revolución proletaria no es una cuestión de partidos o de organización. No son las organizaciones quienes hacen la revolución, sino que es la revolución quien crea las formas de organización de clase apropiadas. Lo que determina la posibilidad del comunismo es un alto desarrollo de las fuerzas productivas y la extensión de la condición de proletario. Los problemas organizativos no pueden plantearse al margen de quien los organiza y de los problemas que se plantean en cada momento. No hay reglas, ni fórmulas mágicas, ni garantías contra la burocratización y la contrarrevolución. Los burócratas suelen ser expertos en organización, en beneficio propio, al margen del interés general de la sociedad. La experiencia histórica del proletariado señala los soviets rusos de 1905 y 1917, los *rater* alemanes de 1918-1920 y los comités españoles de 1936, esto es, la organización del proletariado en consejos obreros como la forma organizativa revolucionaria de la clase obrera.

Estamos pues hablando no de tal o cual forma organizativa de comité o de consejo, sino de la organización consejista de la sociedad. Los consejos no representan a los obreros, SON EL PROLETARIADO ORGANIZADO. Es un órgano de clase y de lucha. No es un órgano político, y por lo tanto no es democrático ni dictatorial, está más allá de la política, y evita la separación entre lo público y lo privado característica del capitalismo. Soviets, raters y comités fracasaron en el pasado, pero han existido, demostrando la capacidad del proletariado para dirigir y gestionar fábricas, ciudades y países; señalando también sus límites,

SUS ERRORES y sus limitaciones. Han surgido siempre que el proletariado revolucionario se ha alzado contra la barbarie capitalista. Han sido la respuesta obrera al vacío dejado por la burguesía, más que resultado de la radicalización del combate.

La ideología consejista contempla los consejos como meta y no sólo como un momento de la transición al comunismo. Los consejistas sustituyen el concepto “partido” de los leninistas por el concepto “consejo”. Ambas ideologías son estériles, porque de acuerdo con el viejo y contundente grito de la Asociación Internacional de los Trabajadores: la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabaja-

dores, o no será. Los consejos, o las organizaciones que en cada momento cree el proletariado, serán sólo lo que consigan hacer en el combate por destruir el Estado y alcanzar el comunismo.

Estamos hablando de la constitución del proletariado en clase, y por lo tanto, en organismo revolucionario autónomo, independiente de la burguesía y opuesto al partido contrarrevolucionario del capital, que orienta todos sus esfuerzos hacia la total y definitiva destrucción del Estado, esto es, a la destrucción de la organización política del capitalismo, sustituida por una nueva organización política de la sociedad comunista, que conduce a la extinción de todas las clases sociales.

CAPITALISMO

1.- **El capitalismo es UNA RELACIÓN SOCIAL** que se da entre los capitalistas, que compran la mercancía fuerza de trabajo, y el proletariado, que vende su fuerza de trabajo por un salario.

2.- **El capitalismo es UNA RELACIÓN HISTÓRICA** entre dos clases antagónicas, que obliga y coacciona a la mayoría de la población a vender al capital su fuerza de trabajo por un salario.

3.- **El capitalismo provoca UNA CONTRADICCIÓN**, o conflicto, entre el desarrollo SOCIAL de las fuerzas productivas y las actuales relaciones sociales de producción, de apropiación privada del valor, que no se corresponde con el carácter social de esas fuerzas productivas.

4.- Se da hoy, UNA **CRISIS de valorización del capital**, y por lo tanto, **de las relaciones de producción capitalistas, que no garantizan ya el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo.** Aparece un enorme ejército industrial de reserva (global) a causa de la insuficiente absorción de la fuerza de trabajo en el proceso de producción capitalista, que produce fenómenos nuevos:

a.- Paro masivo y desmantelamiento de las "conquistas sociales" del llamado Estado del Bienestar.

El trabajador europeo ha de competir, a nivel global, con el salario de subsistencia y la ausencia de cotizaciones sociales, de paro, enfermedad o pensiones del trabajador asiático. Las medidas propugnadas por el FMI favorecen al capital financiero, pero ahondan la crisis y el paro.

b.- Exclusión de países y continentes enteros del proceso de producción capitalista; fenómenos migratorios masivos por motivos económicos, bélicos o catastróficos, sin países o regiones dispuestos a darles más que una acogida parcial y selectiva.

c.- Procesos de acumulación primitiva del capital en Brasil, Rusia, Sudáfrica, China y la India, con la extensión de la clase obrera asalariada en esos países.

d.- Límites ecológicos a la explotación masiva e indiscriminada de los recursos naturales, sin medidas efectivas contra la contaminación. Peligro de extinción de la especie humana, sin respuestas adecuadas de prevención.

e.- Aparición de múltiples focos y sectores de trabajo infantil esclavizado.

f.- Aparición de una economía virtual, fruto de una enorme especulación financiera descontrolada, que provoca un abismo insalvable con la economía real, con el consiguiente riesgo de crisis financieras y depresión económica.

g.- Guerras imperialistas por el control del petróleo, tierras de cultivo y otros recursos naturales. Suicida producción de energía atómica.

h.- Crecimiento económico sin generación de empleo. Sindicatos convertidos en aparatos del Estado. Empobrecimiento popular generalizado. Gobiernos nacionales títeres, formados por élites político-financieras defensoras de los intereses de las multinacionales y de la economía global, que subordinan el bienestar popular "nacional" al pago de la deuda y la reducción del déficit.

i.- Evolución de la democracia parlamentaria hacia una partidocracia "inútil", autoritaria y mafiosa, al servicio de las finanzas y las multinacionales. Proletarización de las clases medias, masificación del proletariado y erupción de irrecuperables colectivos y comunidades marginadas, antisistema.

5.- La revolución social es la única solución a los problemas y contradicciones del capitalismo. **El comunismo no es un BELLO IDEAL, sino una NECESIDAD MATERIAL**, cuyas premisas han sido puestas por el capitalismo, con un crecimiento de las fuerzas productivas que puede asegurar ya una sociedad que cubra todas las necesidades materiales de la humanidad.

Hoy, en el seno del caduco sistema capitalista, la nueva sociedad comunista mundial anida y crece **en el movimiento real** que lucha por suprimir el estado de cosas exis-

tentes, que sitúa la conciencia revolucionaria en la existencia de una clase revolucionaria y que define explícitamente la conciencia revolucionaria como una emanación histórica del proletariado explotado. Dado que la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores y que los educadores deben también ser educados, es también evidente que no son necesarios "salvadores" del proletariado de ningún tipo.

El comunismo no es un bello ideal, sino una necesidad material y la única salida realista a las crisis del capitalismo, en su actual fase de decadencia.

¿NACIÓN O CLASE?

Reflexiones sobre el nacionalismo como ideología nociva

A la comunidad nacional los trabajadores sólo pueden oponer la comunidad de lucha mundial de todos los proletarios contra la barbarie y la miseria capitalistas

¿Qué es el nacionalismo? ¿Clase o nación?

En las Facultades de Ciencias Políticas se estudiará como modélica la deriva independentista de CIU, en 2012. Artur Mas, presidente de la Generalidad, ha traspasado todas las líneas rojas de la prudencia, la manipulación y el "buen gobierno", si es que eso existe.

Un gobierno autonómico, caracterizado por sus feroces recortes a la sanidad pública, a la educación pública y a los servicios sociales, que se vanagloriaba de hacer esos ajustes con anterioridad y mayor profundidad que el gobierno de Madrid, y que convertía tales ataques contra los trabajadores y el pueblo catalán en una política orientada a la privatización de la enseñanza y de la sanidad, con el objetivo preciso de convertir en negocio privado lo que hasta entonces habían sido servicios públicos fundamentales , estaba destinado a obtener un profundo rechazo popular y un gran batacazo electoral.

Un gobierno autonómico, marcado por diversos procesos judiciales, sempiternamente pendientes, todo el mundo sospecha por qué, como el del cuatro por ciento, repartido por Millet en un uno y medio para su bolsillo y un dos y medio para sus protectores, el de la corrupción y atraco sistemático a los hospitales de Lloret y otros de Gerona, que ha acabado con el procesamiento de los redactores de la revista que denunció tales desmanes, o el escándalo de las concesiones de las licencias de ITV al mejor postor, fuera de concurso público, por el que está encausado Oriol Pujol, y un largo etcétera que ha tenido la virtud de poner bajo sospecha de corruptela sistemática de ese gobierno autonómico, salvo decisión a su favor de las autoridades judiciales, que hay que suponer aje-

nas a cualquier presión de los poderes ejecutivo y legislativo, estaba destinado a obtener un multitudinario rechazo popular y un gran desastre electoral.

Un gobierno autonómico, incapaz de afrontar los problemas reales de la economía y la sociedad y con una pronunciada deriva fascista en la brutal represión del malestar ciudadano en la calle, con la puesta en juego de grupos policiales de provocadores entre los manifestantes pacíficos, estaba destinado a ser derrotado en las urnas, por su manifiesta incompetencia. Pero millón y medio de personas, sabiamente dirigidas y encauzadas, se manifestaron el pasado 11 de septiembre en Barcelona, a favor de que Cataluña "tenga un Estado propio dentro de Europa".

Este acontecimiento ha sido enfocado desde muy diferentes lecturas, todas ellas falsas: ¿es viable la independencia de Cataluña? ¿Por qué Cataluña pretende "divorciarse" de España? ¿Vivirán mejor los catalanes con la independencia? ¿es cierto que Cataluña aporta más a España de lo que recibe de ésta? ¿Habría que pasar a un Estado federal?

El día 11 vimos a Felip Puig, conseller de Interior de la Generalitat catalana, impulsor de una violenta represión contra las manifestaciones masivas del año pasado, urdidor de turbias provocaciones policiales contra los manifestantes, desfilar rodeado amistosamente de sus víctimas, jóvenes parados o precarios. Vimos a 9 de los 11 consellers de un gobierno, que ha sido pionero en aplicar crueles recortes en sanidad y educación, andar codo con codo con sus víctimas: los despreciados y maltratados maestros y estudiantes; las enfermeras o médicos que han perdido más del treinta por ciento de sus salarios, o los usuarios que tienen que pagar un euro cada vez que van a la consulta (tasa que no se aplica en el resto del Estado español).

Vimos a patronos, policías, curas, políticos, líderes sindicales, y otros vampiros, compartir calle con sus víctimas: parados, trabajadores, jubilados, emigrantes... Una atmósfera de UNIÓN NACIONAL presidió la concentración. El Capital se hizo acompañar por sus víctimas, convirtiéndolas en tontos útiles de sus objetivos egoístas, elitistas y nacionalistas.

¡El Capital!: ése sí que no tiene patria, y es internacional e internacionalista. Crisis, recortes y ataque a las condiciones de vida de los trabajadores desaparecen del panorama político y electoral catalán, engullidos por vacías y estúpidas discusiones entre el novísimo independentismo catalán y el rancio centralismo meseteño, impregnado hasta el tuétano del obsoleto ideario de la asignatura franquista de la FEN (Formación del Espíritu Nacional), que produce urticaria en la periferia de las Españas.

Es posible que una parte importante de los asistentes a la manifestación del 11 de septiembre no compartiera el objetivo de la independencia; quizás estuviera allí porque están hartos de recortes, de paro, de no tener ningún futuro. Pero, por arte de birlibirloque, magia tramposa de trilero y, manipulación mediante, ese malestar contra el actual gobierno de la Generalidad ha sido canalizado a su favor. Les ha bastado con envolverse en la senyera y dar consignas en defensa de la Patria catalana. La rabia de los trabajadores contra los recortes, contra la corrupción, contra la privatización de la escuela y sanidad públicas, contra las prácticas fascistas de la represión policial, han desaparecido como hace un mago con los ases de la baraja. Ya se sabe que para no caerse de la bicicleta lo único que puede hacerse es seguir pedaleando, cada vez más rápido. Y si además, enfrente, los catalanistas se encuentran con un gobierno centralista y centralizador, más rancio, inútil y autoritario que la fenecida Falange, llueve sobre mojado. El nacionalismo catalán multiplica su audiencia gracias al nacionalismo españolista, y ambos ganan en ese enfrentamiento ideológico, que desvía al proletariado (parado, precario, jubilado o aterrorizado trabajador) de sus problemas reales.

El gobierno de CIU se ha sacado el conejo independentista de la chistera y, con ello, ha conseguido transformar los recortes presupuestarios, la corrupción generalizada, EL ATAQUE GENERALIZADO CONTRA LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA CLASE OBRERA, los despidos masivos, el paro con su desesperación (que conduce a muchos al suicidio), o el asalto privatizador contra la sanidad y enseñanza públicas, en la defensa de la NACIÓN catalana.

Futuros héroes y criminales de guerra de todas las patrias se alzan ya en un horizonte en el que se dibujan masacres como la del sitio de Sarajevo, el bombardeo de Belgrado o los cien mil muertos de la guerra serbocroata. Y, como en la extinta Yugoslavia, todo empieza en los medios de comunicación y en las teles de unos y otros.

La auténtica pregunta, la única cuestión real es: ¿Clase o nación? Si el proletariado lucha bajo banderas que no son suyas, ya sea la coreana, la china, la francesa, la japonesa o la de El Corte Inglés, será derrotado, porque el nacionalismo, ya sea serbio, croata, escocés, flamenco, quebequés, europeo, o de "la Caixa," es ajeno a sus necesidades e intereses, porque REFUERZA al Capital y a todas y cada una de sus fracciones. Es posible que avive las contradicciones entre ellos, pero estas contradicciones se canalizan dentro de sus crisis, sus guerras, sus conflictos mafiosos, sus peleas de familia, banda o secta, es decir, pasan a formar parte del engranaje de barbarie y destrucción con el que el sistema capitalista atrapa a la humanidad.

La nación no es la comunidad de todos los nacidos en la misma tierra, sino la finca privada del conjunto de capitalistas a través de la cual organizan la explotación y la opresión de sus "amados conciudadanos". No es ninguna casualidad que el lema de la manifestación haya sido que "Cataluña tenga un Estado propio". La nación, esa palabra "entrañable", es inseparable de ese monstruo, nada entrañable, frío e impersonal, que es el Estado, con sus cárceles, sus tribunales, sus ejércitos, sus policías, su burocracia. Artur le está diciendo a Mariano: "en mi finca sólo robo yo".

¡Que se vayan todos! Si nadie nos representa, sólo nosotros podemos decidir.

El señor Mas ha prometido un referéndum, no sabemos qué preguntará, pero lo que si sabemos es lo que pretenden, tanto él como sus colegas españolistas: hacernos elegir entre tres opciones, a cual peor: ¿Quiere que los ajustes y recortes se los aplique el Estado español? ¿Quiere que les sean impuestos en el marco de la "construcción nacional de Cataluña"? o ¿Quiere que se los propinen conjuntamente el Estado español y el aspirante catalán? El Capital en España cuenta con varias patrias para imponer la misma miseria.

¿Qué es el Estado nacional?

El nacionalismo no es el patrimonio exclusivo de la Derecha y la extrema derecha, es el terreno común que comparte el arco político que va desde la extrema derecha a la extrema izquierda y que incluye además a las llamadas "organizaciones sociales" (Patronal y Sindicatos).

El nacionalismo de derechas, atado a símbolos rancios y a una repelente agresividad frente a lo extranjero (xenofobia), resulta poco convincente para la mayoría de trabajadores (salvo sectores muy atrasados). El nacionalismo de Izquierda y Sindicatos tiene más gancho, pues aparece como más "abierto" y más cercano a los asuntos cotidianos. Así, el discurso nacionalista de la izquierda nos propone una "salida nacional" a la crisis, para lo que piden una "distribución justa" de los sacrificios. Esto, aparte de que justifica los sacrificios con el señuelo de "hacer pagar a los ricos", nos inocula la visión nacionalista, pues nos presenta una "comunidad nacional" de trabajadores y patronos, de explotadores y explotados, todos unidos por la "marca España".

A esa comunidad nacional los trabajadores sólo pueden oponer la comunidad de lucha mundial de todos los proletarios contra la barbarie y la miseria capitalistas.

Otro de los discursos preferidos de Izquierda y Sindicatos es que "Rajoy impone los recortes porque no defiende España y es un criado de Merkel". El mensaje que se desprende es que la lucha contra los recortes sería un movimiento nacional contra la opresión alemana, y no como lo que es: un movimiento por nuestras necesidades humanas contra la explotación capitalista. Además, Rajoy es tan españolista como lo fue Zapatero, o como lo sería un hipotético gobierno de Cayo Lara. Ellos defienden España imponiendo sangre, sudor y lágrimas a los trabajadores y a la gran mayoría de la población.

Las movilizaciones sindicales del 15 de septiembre han sido convocadas porque "quieren hundir el país", lo que significa que los trabajadores debemos luchar no por nuestros intereses, sino para "salvar el país". Esto nos coloca en el terreno del Capital, el mismo que Rajoy, quien pretende sal-

var España a costa del sangriento sacrificio de los trabajadores en el altar de la austeridad.

Los grupos que se han quedado con "la marca 15 M" defienden cosas "más radicales", pero no menos nacionalistas. Dicen que hemos de luchar por la "soberanía alimentaria", lo que quiere decir que hemos de producir español y consumir español. Del mismo modo, hablan de hacer "auditorias a la deuda", para rechazar aquellas deudas que "se habrían impuesto ilegítimamente a España".

Una vez más, educación nacionalista pura y dura. Izquierda, Sindicatos/Estado UGT/CCOO, y los restos pútridos del 15 M realizan una metódica labor de "formación del espíritu nacional". En tiempos de Franco la asignatura de Formación del Espíritu Nacional era obligatoria, hoy desde todas las tribunas nos la imparten democráticamente, haciéndonosla tragar lo queramos o no.

La matraca nacionalista tiene como fin enfrentar unos trabajadores contra otros. A los trabajadores alemanes, que están sufriendo sueldos de 400 € y pensiones de 800, se les dice que los sacrificios son culpa de los trabajadores de Europa del Sur: "unos vagos que han vivido por encima de sus posibilidades". Pero a los trabajadores de Grecia se les dice que su miseria es causada "por el mantenimiento de los privilegios y lujos de los trabajadores alemanes". En París les dicen que es mejor que haya despidos en las sucursales de Madrid, para no imponerlos en Francia.

Como se ve, nos atan con un nudo gordiano de mentiras que hay que romper, comprendiendo que la crisis es mundial, el desempleo es mundial, los recortes se dan en todos los países. Pero el planteamiento nacional con el que nos machacan provoca que solo veamos los setecientos mil parados de Cataluña, o a lo sumo los cinco millones en España, en lugar de ver los más de 200 millones en el mundo. Que solo veamos los recortes en Cataluña y en España y no veamos los dos enormes paquetes de recortes que se ha impuesto, por ejemplo, a los trabajadores "privilegiados" de Holanda. Que solo veamos "nuestra miseria" y no la miseria mundial. Cuando todo se ve según la estrecha, mezquina y excluyente óptica nacional, se tiene la mente preparada para creer en cuentos de la lechera como el que propaga el presidente

Mas de “si pagaran los 10.000 millones que se deben a Cataluña no haría falta hacer recortes”, versión regional del “si España no estuviera tan atornillada por Alemania habría dinero para sanidad y educación”.

Todos mienten, porque nadie tiene solución a la actual crisis de un capitalismo que hoy ha entrado en su fase terminal, que es obsoleto, y que sólo puede ofrecer miseria y barbarie.

La actual obsolescencia del capitalismo

El modelo keynesiano-fordista de los Treinta años Gloriosos, de 1945 a 1975, se basaban en un crecimiento constante del pastel, entre patronal, asalariados e impuestos gubernamentales, fundamentados en un crecimiento continuo de la productividad.

Ese modelo hizo aguas, y dio paso al modelo neoliberal, de 1976 a 2008, que fomentó el crédito, el endeudamiento de estados y particulares y la desregulación bancaria, como motor de la economía capitalista. El pastel se mantenía igual o incluso disminuía, por lo que los salarios chocaban directamente con el beneficio empresarial y los impuestos. Fueron los años de la derrota internacional del movimiento sindical y su integración como un aparato de Estado (ejerciendo las funciones propias de la CNS en la época franquista).

Con la crisis iniciada en 2008, el capitalismo ha entrado en otra fase, que no tiene nada que ver con el modelo keynesiano-fordista, ni con el neoliberal. Nos hallamos ante un modelo obsoleto. No es que el pastel aumente poco o que disminuya, resulta que es una costra enorme, pero vacía en su interior.

El hecho que ya no sólo se evoquen las quiebras probables de empresas, sino directamente la de los Estados, es muy significativo de esa naturaleza de degradación, propia de un capitalismo obsoleto. La historia de la sucesión de los modelos productivos en el capitalismo nos enseña que son necesarias cuatro condiciones para que una nueva fase suceda a la anterior, ya agotada:

1) Una desvalorización masiva del capital, ya sea mediante una crisis económica como la de 1929, o con una guerra (como la Segunda guerra mundial).

2) La emergencia de un nuevo régimen de acumulación, portador de unos aumentos de productividad importantes.

3) Una regulación, fundamentalmente financiera, que asegure una producción rentable, a la vez que las condiciones de su realización.

4) Unas relaciones de fuerza entre las clases (tanto entre las fracciones de la clase dominante, como entre éstas y el proletariado) que permitan la instauración y la expansión de un nuevo modelo productivo.

Cada una de estas condiciones es necesaria, pero no suficiente. Así, las desvalorizaciones masivas mediante la destrucción del capital fijo durante la primera guerra mundial no bastaron para producir una fase de prosperidad, comparable a la que existió después de la segunda guerra mundial, pues faltaban las demás condiciones.

Tras la guerra de 1914-18, y a pesar de la presencia de elementos del modelo de regulación keynesiano-fordista, la clase dominante tenía la ilusión de poder volver a lo que había provocado el éxito de la Belle Époque: el liberalismo colonialista. Y aunque los movimientos sociales, tras el crack de 1929, dieron origen a un New-Deal que instauró el keynesiano-fordismo, el impacto más limitado de la crisis económica en Europa, y las importantes divisiones entre las capas dominantes en el continente, impidieron la aceptación y la instauración de una nueva fase productiva como en los Estados Unidos. Hicieron falta los horrores de la segunda guerra mundial para convencer a todos los actores sociales que adoptaran el nuevo modelo de regulación.

Es pues la conjunción de las cuatro condiciones, en un todo coherente, lo que posibilita el desarrollo de un nuevo modelo productivo durante un tiempo determinado. Nada, absolutamente nada, en la situación presente, indica que estemos en vísperas de que algo semejante sea posible. El capital excedente todavía no ha sido "saneado" a través de un proceso de desvalorización masiva, es más, se ha incrementado a consecuencia de las políticas anticíclicas de los poderes pú-

blicos. No ha aparecido régimen alguno de acumulación que aporte unos aumentos sustanciales de la productividad, ni tampoco un nuevo modelo de regulación. En fin, incluso si existieran estas condiciones, la configuración actual de las relaciones de fuerza entre las clases no permitiría su adopción, dada la debilidad e inoperancia actuales del proletariado.

Todo indica que, más allá de las fluctuaciones coyunturales que se presenten ante nosotros, se abre la perspectiva de un descenso inexorable a los infiernos. Esta perspectiva es la más probable en la situación actual, tanto más que no está presente ninguna de las condiciones gracias a las que el capitalismo podría pasar a una nueva fase o modelo de prosperidad económica y social. Harán su aparición todas las ideologías burguesas, capaces de desviar al proletariado de su único y auténtico objetivo realista, que no es otro que el fin del capitalismo. Y esas ideologías han sido en el pasado: el nacionalismo, las guerras comerciales hasta desembocar en guerras militares, el fascismo, el racismo, mesianismos y milenarismos de todo pelaje, y un largo etcétera de degradación y barbarie.

Las democracias parlamentarias, más o menos efectivas, tienen sus días contados: esas políticas de austeridad, esos brutales recortes, esas privatizaciones del sector público... están pidiendo a gritos regímenes autoritarios y un fascismo que imponga abiertamente sacrificios inauditos en el altar de las patrias y de la guerra contra los incontrolados de siempre.

Nada augura, en las presentes condiciones económicas y en el estado actual de las relaciones entre las fuerzas sociales, la recuperación de la prosperidad de antaño. Las resistencias, los movimientos sociales y las alternativas revolucionarias al sistema capitalista surgirán de la intensificación de las contradicciones del capitalismo. Las contradicciones capitalistas provocarán explosiones sociales, cataclismos y crisis, que no aseguran el fin catastrófico del capitalismo por si sólo. Sin una intervención revolucionaria del proletariado, masiva, anónima y decidida, que lo destruya, el capitalismo permanecerá e incrementará la posibilidad del fin definitivo de la Humanidad.

La única alternativa actual, en todo el mundo, incluida Cataluña y España, es la de revolución o barbarie.

PROLETARIADO Y CLASES SOCIALES, HOY

El proletariado se define como la clase social que carece de todo tipo de propiedad y que para sobrevivir necesita vender su fuerza de trabajo por un salario. Forman parte del proletariado, sean o no conscientes de ello, los asalariados, los parados, los precarios, los jubilados y los familiares que dependen de ellos. En España forman parte del proletariado los seis millones de parados y los dieciséis millones de asalariados que temen engrosar las filas del paro, amén de una cifra indefinida de marginados, que no aparecen en las estadísticas porque han sido excluidos del sistema.

La clase obrera es una clasificación social OBJETIVA, que designa a todo aquel que mantiene una relación SALARIAL con un patrón (ya sea privado o estatal) al que vende su fuerza de trabajo (sus brazos y su inteligencia). La clase obrera forma parte del proletariado, que incluye además a parados, jubilados y marginados. Los proletarios no son propietarios de medios de producción. El salario es la principal forma de esclavitud moderna. LA RELACIÓN SALARIAL no es sólo de carácter social y económico, sino también política, puesto que determina el modo de existencia de quienes no tienen ningún poder de decisión sobre su propia vida.

La clase media incluye hoy a algunos trabajadores "autónomos", esto es, trabajadores independientes y "autoexplotados", algunos técnicos y profesionales altamente cualificados y a los empresarios sin asalariados. La alta clase media estaría formada por empresarios con algunos trabajadores asalariados, pero sin influencia política decisiva.

Capitalistas serían todos los propietarios de medios de producción, o altos gerentes con poder de decisión (aunque fueran asalariados) de grandes empresas privadas o estatales. Constituyen menos del uno por ciento de la población, pero su influencia política es absoluta, y determinan las líneas económicas que se aplican y afectan a la vida cotidiana de la totalidad de la población. Su lema sería: "Todos los gobiernos al servicio del capital; cada gobierno contra su pueblo".

La democracia parlamentaria europea se ha transformado rápidamente, desde el inicio de la depresión (2008), en una partidocracia "nacionalmente inútil", autoritaria y mafiosa, dominada por esa clase dirigente capitalista apátrida, que está al servicio de las finanzas internacionales y las multinacionales. Se produce una profunda y extensa proletarización de las clases medias, una masificación del proletariado y la erupción violenta e intermitente de irrecuperables colectivos, suburbios y comunidades marginadas, antisistema (no tanto por convicción, como por exclusión).

Los Estados nacionales se convierten en instrumentos obsoletos (pero aún necesarios, en cuanto garantes del orden público y defensa armada de la explotación) de esa clase capitalista dirigente, de ámbito e intereses mundiales.

La sociedad capitalista actual, que nos permite la anterior clasificación social en tres clases fundamentales, aún admite en el seno de cada clase una infinita gradación de situaciones económicas, sociales, políticas y culturales, pero se identifica con la EXPLOTACIÓN de los trabajadores por los capitalistas, y tiende a una rápida polarización entre el proletariado (más la clase media proletarizada) y la ínfima minoría de los todopoderosos dirigentes (inferior al uno por ciento y apátrida).

Todo el mundo entiende que existe explotación cuando se habla del trabajo infantil esclavo en manufacturas de la India o China, que producen zapatillas o ropa de marca para multinacionales, con jornadas de 18 ó 20 horas, sin más paga que alimento y jergón en el mismo lugar de trabajo, que venden sus productos en USA o Europa. Y se escandalizan, con razón, ante esa explotación del trabajo infantil esclavo. Hay que entender que la EXPLOTACIÓN del trabajo asalariado es la ESENCIA de la sociedad capitalista. Todos los asalariados padecen la explotación capitalista (no sólo los niños hindúes).

Cuanto más desarrollada es la productividad del trabajo colectivo de una sociedad, mayor grado de explotación experimentan sus trabajadores, aunque puedan consumir más mercancías. La feroz lucha entre los capitalistas por superar y sobrevivir al competidor, impulsa el incremento de la explotación de los trabajadores, al margen de la buena volun-

tad o ética de cada empresario individual. Los capitales se fusionan y concentran, atacando sin límites las condiciones de vida y laborales de los trabajadores, amenazando con irse a otro país o con contratar más barato entre los millones de parados sin recursos. En cada país un puñado de transnacionales efectúa ventas anuales que superan ampliamente los presupuestos nacionales y empuñan el poder de dar trabajo, o no, a millones de desposeídos.

El proletariado, que tiende a abarcar hoy a un 75/80 por ciento de la población española, se puede clasificar en asalariados, precarios, parados, prejubilados, jubilados y marginados. La clase media sufre una fortísima proletarización, con amplios sectores de profesionales (en el ámbito de la medicina, arquitectura, enseñanza, tecnologías y servicios sociales), funcionarios y medianos o pequeños empresarios (colectivos que hace cinco años percibían elevados ingresos) que se proletarizan, o incluso quedan marginados económica y socialmente.

El elevadísimo número de parados y el estadísticamente desconocido número de excluidos (por paro de larga duración y/o no percepción de ingreso alguno) hace que los asalariados, en su conjunto, se precaricen colectivamente en sus condiciones laborales y existenciales hasta extremos impensables hace unos años en España y Europa. Incluso desaparece la negociación de los convenios colectivos por sectores o empresas, que son sustituidos por condiciones mínimas y miserables de contratación. Los suburbios se convierten en guetos de excluidos del sistema, que el

Estado intenta aislar entre sí, entregando su dominio a las bandas, la droga, las mafias, las escuelas, los trabajadores sociales, oenegés, etetés, prisiones y policía, para que conjuntamente impongan el control y/o sacrificio económico, político, social, moral, volitivo, y si hace falta también físico, de "todos los que sobran", con el objetivo preciso y concreto de desactivar su potencial revolucionario, intentando convertir esos barrios periféricos en colmenas de muertos vivientes, a los que las instituciones estatales les han declarado una guerra total de exterminio y aniquilación.

La tesis neosituacionista y milenarista de la desaparición del proletariado muestra no sólo su irracionalidad y false-

dad, frente al inmenso incremento del proletariado en países como China, Sudáfrica, Brasil o la India, sino su falta de comprensión de la nueva realidad europea, y de la proletarización de las clases medias, surgida con la depresión iniciada en el 2008. Primitivistas y "pro-situs" se han quedado anclados en sus trasnochados análisis, tan desmovilizadores como artificiales e inútiles, confundiendo las características propias de las fases keynesiano/fordista (1945-1975) y neoliberal/toyotista (1976-2007) del capitalismo, con su esencia. Catastrofistas, ludditas, antidesarrollistas, profetas, tecnófobos e idealistas de distinto pelaje y orientación, coinciden en un punto fundamental, que nos desarma como clase revolucionaria en lucha contra el sistema capitalista: afirman que el proletariado ha desaparecido y/o ha dejado de ser el sujeto revolucionario. Identifican una parte con el todo. Confunden clase obrera industrial con proletariado. Desprecian como a bárbaros groseros y desclasados al proletariado de los guetos. Son reaccionarios brillantes y coherentes, muy útiles hoy al capital; pero que pronto desaparecerán en la nada de la necedad y la extravagancia.

La lucha de clases no es sólo la única posibilidad de resistencia y supervivencia frente a los feroces y sádicos ataques del capital, sino la irrenunciable vía de búsqueda de una solución revolucionaria definitiva a la decadencia del sistema capitalista, hoy obsoleto y criminal, que además se cree impune y eterno. Revolución o barbarie; lucha de clases o explotación sin límites; poder de decisión sobre la propia vida o esclavitud asalariada y marginación.

¿QUÉ FUE EL ESTALINISMO?

Terrorismo político incesante, omnipresente y casi omnipotente Imprescindible falsificación de su propia naturaleza Capitalismo de Estado dirigido por el Partido-Estado y militarización del trabajo

El estalinismo fue una ideología totalitaria, fundamentada en el culto a Stalin, que utilizaba un lenguaje marxista, y se reclamaba (y legitimaba) como continuidad de las tesis de Marx, Engels y Lenin.

A la muerte de Stalin, los dirigentes del Estado soviético y del PCUS, criticaron las "desviaciones" provocadas por el culto a la personalidad de Stalin. El regreso a una dirección colectiva del PCUS y de la URSS era suficiente (en 1956) para resolver los errores más graves del despotismo de Stalin, denunciados por Kruschov en el XX Congreso del PCUS.

A los herederos de Stalin les bastaba, en 1956, con introducir los principios democráticos en la dirección colectiva del PCUS para declarar que todo estaba arreglado. Para ellos Stalin fue un fenómeno monstruoso, pero ACCIDENTAL, y en todo caso las manifestaciones perversas del sistema estalinista, debidas al culto a la personalidad, se difuminaban y empequeñecían frente a los "gloriosos logros" del sistema soviético. (Para una ampliación de todo esto es muy útil la consulta del tomo III de Kolakowski, pp. 15-55).

Los errores y horrores de Stalin se limitaban, según los herederos y sucesores estalinistas, al período que iba desde principios de los años treinta hasta su muerte en 1953. Esta fue la explicación de los estalinistas sin Stalin, que a nadie convenció, pero que sirvió a todos para echar las culpas a un solo individuo y enterrar todo el período estalinista bajo el cerrojo del olvido, la amnesia y el palimpsesto.

Para un análisis marxista del estalinismo, tenemos a dos excelentes militantes y teóricos marxistas: Munis y Bordiga.

Bordiga (asesorado por Trotsky) se enfrentó a Stalin (asesorado por Togliatti) en el IV Congreso de la Internacional

Comunista y tiene varios escritos de crítica del estalinismo: "Diálogo con Stalin" y "Diálogo con los muertos". Pero la mejor crítica del estalinismo está en Munis (en su libro Partido-Estado- Revolución, reeditado por Muñoz Moya ediciones).

La mejor y más precisa definición del estalinismo es la que hace Munis, que intentaré resumir aquí brevemente. Según Munis, las características de la contrarrevolución estalinista fueron:

1.- Terrorismo político incesante, omnipresente y casi omnipotente.

2.- Imprescindible falsificación de su propia naturaleza contrarrevolucionaria, y de la naturaleza de sus enemigos, especialmente de los revolucionarios.

3.- Explotación de los trabajadores, mediante un capitalismo de Estado, dirigido por el Partido-Estado, que militarizó el trabajo.

Entre los intelectuales burgueses, puede establecerse una especie de escala cronológica en la denuncia del estalinismo, que se centra sobre todo en determinadas fechas conflictivas (insurrección húngara de 1956, o checa de 1968).... Sartre, Camus, Merleau-Ponty y un largo etcétera, ante el que cabe preguntarse por qué unos se "despiertan" en 1968 y no antes, en 1956, o por qué no con Orwell en 1937. La respuesta suele ser siempre la misma: oportunismo y ventajas que suponía la tolerancia respecto al estalinismo, con masivas militancias en los PC francés e italiano, y sus evidentes horrores.

Por otra parte, la denuncia del estalinismo suele detenerse en Lenin. Véase por ejemplo el propio Bordiga en su artículo "Lenin en el camino de la revolución" escrito a la muerte de Lenin en 1924, o el de los años sesenta sobre la respuesta a Lenin en su acusación de izquierdismo a las Izquierdas Comunistas alemana e italiana (que incluía al mismo Bordiga).

Fue la Izquierda germano-holandesa (Herman Gorter, Anton Pannekoek, Karl Korsh, Otto Rühle, Jan Appel, etcétera) espléndidamente traducida al español en varios libros de Ediciones Espartaco Internacional, quien hizo la crítica marxista más temprana y radical al estalinismo y al leninismo.

Es indudable que las raíces del estalinismo se encuentran en la concepción leninista del partido, así como en el wilsoniano "derecho de las naciones a la autodeterminación", propugnado también por Lenin, y por supuesto en el fracaso de la revolución internacional en Alemania, en 1919.

Sobre la crítica a la concepción del partido, y a la pretensión de extender las tácticas rusas a Europa occidental, véase la carta de Gorter a Lenin y sobre todo la crítica rigurosa y fundamental de Pannekoek en Lenin filósofo.

Par una crítica de la concepción leninista y estalinista del nacionalismo véase el texto de Pannekoek, titulado "Lucha de clase y nación" y el de Gorter "El imperialismo, la guerra y la socialdemocracia" (ambos en el libro Contra el nacionalismo de Espartaco).

El enfrentamiento de la Izquierda germano-holandesa con Lenin, en el seno de la III Internacional, era el encontronazo de los marxistas internacionalistas contra un Lenin, nacionalista ruso, imbuido en la tradición y terminología marxista, pero que había abandonado el pensamiento marxista en núcleos esenciales del pensamiento de Marx:

1.- La liberación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores, que adquieren su conciencia en la propia experiencia histórica, sin necesidad de que unos intelectuales burgueses, desde el exterior de la clase obrera, y ajenos a ella, les enseñen la teoría marxista.

2.- El proletariado es internacional e internacionalista, y no tiene que reconocer ningún "derecho" burgués a la autodeterminación. La lucha de clases y la revolución proletaria serán de ámbito mundial, o no serán.

3.- La revolución rusa de 1917 debía someterse a los intereses del proletariado internacional, y no como sucedió, bajo presión de Lenin y los bolcheviques, que consiguieron someter la Internacional a los designios e intereses de la revolución nacional rusa y de su capitalismo de Estado. Bordiga denunciaba esto como "inversión de la pirámide" (esto es la Internacional sometida a los intereses nacionales del PC de Rusia).

4.- El parlamentarismo y el sindicalismo en Europa occidental han sido absolutamente superados en 1917, donde sólo podían ser ya instrumentos de sumisión del proletariado. La táctica que Rusia impuso a la Internacional Comunista, de usar el parlamento y los sindicatos, era absolutamente nefasta en Europa occidental. Esa imposición debió mucho a Lenin, y fue una de las características del leninismo. *

La grandeza del Octubre Rojo radica en que es la primera revolución proletaria de la historia, la primera vez en la que el proletariado tomó el poder, derrocando el gobierno de la burguesía. La revolución comunista sólo podía ser mundial, y fracasó en Rusia cuando se produjo la derrota del proletariado revolucionario en Alemania y la revolución soviética quedó aislada.

Este aislamiento, unido a las catástrofes de la guerra civil, el caos económico, la miseria y el hambre, magnificaron los terribles errores de los bolcheviques, entre los que destacaba la identificación entre Partido y Estado, que condujeron al triunfo inevitable de la contrarrevolución estalinista, desde el seno del propio partido bolchevique que había impulsado la revolución soviética de Octubre de 1917. La contrarrevolución estalinista fue pues de carácter político, destruyó toda oposición política e ideológica, reprimió duramente movimientos y grupos proletarios, indudablemente revolucionarios, y persiguió hasta el exterminio físico a quienes manifestaron la menor disidencia, ya fuera dentro o fuera del partido único bolchevique. En Rusia, el proceso revolucionario iniciado en 1905, obtuvo su primer éxito con la revolución democrática de Febrero de 1917, que derrocó al zar e instauró una república democrática, pero no se quedó a medio camino y llegó hasta el final con la insurrección de Octubre de 1917 en Petrogrado, en la que los soviets tomaron el poder, desplazando a la burguesía del aparato estatal.

La contrarrevolución estalinista fue pues de carácter político, y se encarnó en el monopolio del poder por el propio partido bolchevique, en las medidas de nacionalización y concentración económica estatal (capitalismo de Estado) y en la transformación del Partido bolchevique en un Partido-Estado.

Lejos de ser un banal golpe de Estado, como miente la clase dominante, la revolución de Octubre es el punto más alto que ha alcanzado hasta ahora la humanidad en toda su historia. Por primera vez la clase obrera tuvo el valor y la capacidad de tomar el poder, arrebatándoselo a los explotadores, e iniciar la revolución proletaria mundial.

Aunque la revolución pronto iba a ser derrotada en Berlín, Munich, Budapest y Turín, aunque el proletariado ruso y mundial tuvo que pagar un precio terrible por su derrota: el horror de la contrarrevolución, otra guerra mundial, y toda la barbarie sufrida bajo los estados totalitarios estalinistas; la burguesía todavía no ha sido capaz de borrar la memoria y las lecciones de este formidable acontecimiento.

El peor legado del estalinismo ha sido su perversa utilización de la ideología marxista-leninista como desarrollo ortodoxo del "marxismo", que quedaba así invalidado y desprestigiado como teoría de la revolución proletaria. El leninismo usó un lenguaje marxista para justificar unos regímenes totalitarios, que nada tienen que ver con los análisis de Marx, efectuados entre 1844 y 1883, sobre el capitalismo y la explotación del proletariado. El propio Lenin, en sus concepciones y análisis sobre el partido, los nacionalismos, la revolución rusa, etcétera, se enfrentó frontalmente a otros teóricos marxistas, como Luxemburg, Bordiga, Gorter, Pannekoek, que denunciaron muy tempranamente las peores aberraciones del leninismo.

La concepción leninista del partido considera que la clase obrera es incapaz de alcanzar una conciencia que vaya más allá de chatas concepciones sindicalistas y reformistas. El partido ha de inocular, desde fuera de la clase obrera, la conciencia socialista y revolucionaria. Tal concepción, como demuestra Pannekoek en "Lenin filósofo" (editado en Ediciones Espartaco), es ajena a Marx, que afirmó claramente que "la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores".

El derecho (burgués) de las naciones a la autodeterminación, propugnado por Lenin, introduce la ideología nacionalista como objetivo fundamental del proletariado en la lucha por su emancipación. Tal y como debatió Rosa Luxemburg con Lenin, la ideología de liberación nacional de los pueblos

oprimidos es una ideología burguesa, absolutamente ajena a la lucha de clases y a la emancipación del proletariado (véase los libros de María José Aubet sobre Luxemburg, editados por Anagrama y El Viejo Topo).

Las tácticas utilizadas por los bolcheviques en Rusia no eran generalizables a la situación existente en Europa occidental, donde los partidos comunistas propugnaban tácticas antiparlamentarias y antisindicales, que fueron condenadas dogmáticamente por Lenin. Véase (en Ediciones Espartaco) la "Carta abierta al camarada Lenin", que Gorter escribió como respuesta al folleto leninista "El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo".

Existe, pues, todo un corpus marxista, que denunció no sólo la barbarie totalitaria de los regímenes estalinistas y fascistas, sino también algunas de las peores aberraciones teóricas del leninismo: ésa es la herencia irrenunciable que nos han entregado las distintas fracciones de la izquierda comunista.

Ni la ideología leninista, ni el totalitarismo estalinista, son marxistas. Por marxismo hay que entender la crítica de la economía política del capital, efectuada por Marx a mediados del siglo XIX, su método de investigación, y la teorización de las experiencias históricas del proletariado (Manifiesto comunista, El Capital, 18 Brumario, etcétera), proseguidas por Engels, Luxemburg, y la izquierda comunista (rusa, italiana y germano-holandesa). Esta izquierda comunista estaba formada por pequeñas fracciones que, en duras condiciones de aislamiento y persecución física y política, criticaron, usando el método marxista, y en la práctica de la lucha de clases, las tergiversaciones de la Tercera Internacional, y del totalitarismo estalinista y fascista.

La crítica marxista de los regímenes estalinistas, resultado del análisis teórico y de la lucha de estas fracciones de Izquierda Comunista en el seno de la propia Internacional Comunista, que definieron con mayor o menor claridad a esos regímenes como capitalismo de Estado, se encuentra en la bibliografía abajo indicada.

Appel; Gorter; Laufenberg; Meyer; Pannekoek; Pfemfert; Rühle; Reichenbach; Schwab; Wolfheim y otros: Ni parlamento, ni sindicatos: ¡Los Consejos obreros! Los comunistas de izquierda en la Revolución alemana. Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2004.

Aubet, María José: Rosa Luxemburg y la cuestión nacional. Anagrama, Barcelona. 1977. [Bordiga, Amadeo]: Las grandes cuestiones históricas de la revolución en Rusia. Partido comunista internacional, Madrid, 1997.

Gorter; Pannekoek: Contra el nacionalismo, contra el imperialismo y la guerra: ¡Revolución proletaria mundial! Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2005.

Gorter; Korsh; Pannekoek: La izquierda comunista germano-holandesa contra Lenin. Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2004. [Contiene la "Carta abierta al camarada Lenin", de Gorter y "Lenin filósofo" de Pannekoek].

Luxemburg, Rosa: La revolución rusa. Anagrama, Barcelona, 1975.

Luxemburg, Rosa: La cuestión nacional. Traducción y prólogo de María José Aubet. El Viejo Topo, Barcelona, 1998.

Mett, Ida: La Comuna de Cronstadt. Crepúsculo sangriento de los Soviets. Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2006.

Munis, G.: Revolución y contrarrevolución en Rusia. Muñoz Moya, Llerena, 1999

¿Qué es eso del antifascismo revolucionario?

AYER

Amadeo Bordiga abordó el tema del fascismo en numerosos artículos, entre 1921 y 1926. El fascismo era el problema número uno que el PCd´I (Partido Comunista de Italia) debía afrontar en su acción durante estos años.

Ante todo, para comprender las tesis de Bordiga sobre el fascismo, es preciso diferenciar su pensamiento de la ideología antifascista.

Para el antifascismo, el fascismo se caracteriza esencialmente por la supresión violenta de la legalidad y las libertades políticas democráticas. Para Bordiga, dentro de la más pura ortodoxia marxista, el uso abierto de la violencia no caracteriza nada. La violencia en sí carece de significación precisa. Lo importante es analizar y concretar qué clase utiliza la violencia contra qué otra clase. Para Bordiga, el abecé más elemental del marxismo enseña que, en toda sociedad dividida en clases, la clase dominante ejerce la violencia para someter a la clase dominada.

Bordiga consideraba que la ideología que caracteriza el fascismo como una regresión a formas precapitalistas es ajena a la teoría marxista.

Las formas políticas no varían con la moda, sino que vienen determinadas por el conjunto de relaciones sociales imperantes, y su evolución depende no del azar, el capricho o la voluntad, sino del desarrollo económico y social de esa sociedad, esto es, de los cambios que se operan en esa estructura de relaciones sociales en su contacto con los acontecimientos históricos.

En el pensamiento de Bordiga, la aceptación por el proletariado de la ideología antifascista suponía defender la democracia, renunciando a sus intereses de clase, o lo que es lo mismo, renunciando a afirmarse como clase revolucionaria.

Así pues, la antítesis democracia/fascismo, para Bordiga era falsa. Democracia y fascismo no se oponen, sino que se complementan: esta sería una tesis fundamental y distintiva, no sólo para Bordiga, sino para la Fracción de Izquierda comunista italiana en los años treinta.

Tanto fascismo como democracia son, en los artículos de Bordiga, métodos de dominación de la gran burguesía, orientados al mantenimiento de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Bordiga, abandonando las definiciones e ideas fetichistas del capital, esto es, el capital como cosa, ya sea dinero, fábricas, etc., retomaba la definición marxista del capital, definido como una relación social de producción, y precisamente aquella que se establece entre una clase social, caracterizada por su libertad (libertad para vender su fuerza de trabajo), y aquella otra clase social caracterizada por ser compradora de fuerza de trabajo asalariada.

Partiendo de la definición marxista del capital, Bordiga afirmó que la clase dominante, es decir, la caracterizada por comprar fuerza de trabajo, se servía alternativamente (o al unísono) del método democrático y/o del método fascista de dominación, para mantener vigentes las relaciones sociales de producción capitalistas, es decir, la compra-venta de fuerza de trabajo en un mercado regido por la ley de la oferta y la demanda.

Que la clase capitalista dominante recurrirse al método democrático o al método fascista no dependía de una opción ideológica; no era un acto voluntario, sino que dependía del grado de maduración de los conflictos sociales.

El método más hábil, el que dio mejores resultados en la Italia de 1920-1925, fue el empleo conjunto de la violencia fascista, alentada y apoyada desde las instituciones democráticas, junto al arma sutil y paralizante del reformismo social y la defensa de las libertades democráticas y la legalidad burguesa, como objetivo propuesto al movimiento obrero.

El fascismo no era para Bordiga una regresión hacia formas políticas precapitalistas, ni tampoco una forma política incompatible con los postulados democráticos, sino una con-

trarrevolución preventiva para conjurar la amenaza revolucionaria del proletariado.

Bordiga y sus partidarios en la dirección del PCd´I extrajeron sus tesis de la experiencia histórica vivida día a día por el proletariado en Italia.

Obra de la democracia parlamentaria fue la represión durante el bienio rojo de los movimientos populares surgidos a causa de la crisis económica de postguerra: inflación, reconversión industrial y paro, que golpearon duramente las condiciones de vida de la clase obrera.

Las milicias fascistas no intervinieron decisivamente sino con posterioridad a la liquidación del movimiento de ocupación de fábricas de septiembre de 1920, al final del bienio rojo.

El arma más eficaz, utilizada por Giolitti en la desmovilización del movimiento revolucionario, fue la CGL y el PSI, es decir, el reformismo sindicalista y socialista.

El Estado democrático, en colaboración con la socialdemocracia, había creado las condiciones para la aparición de un tercer factor contrarrevolucionario: las escuadras fascistas.

Su misión no fue la de aplastar un movimiento revolucionario, ya vencido por la represión del Estado democrático y el colaboracionismo del socialismo reformista, sino impedir su rebrote.

Un rasgo esencial del fascismo, para Bordiga, era su raíz industrial, y por tanto negaba el carácter de reacción feudal del movimiento fascista.

Bordiga afirmaba que el fascismo había nacido en las grandes ciudades industriales del norte de Italia, como Milán, donde Mussolini fundó los fascios en 1919. De ahí la temprana financiación del fascismo por parte de los grandes industriales, así como la aparición del Fascio como un gran movimiento unitario de la clase dominante. Su implantación en las grandes y ricas regiones rurales de Emilia-Romaña, anterior incluso al dominio de las grandes ciudades industriales, se produjo precisamente en las zonas rurales caracterizadas por una agricultura avanzada, plenamente capitalis-

ta, como la imperante en el Valle del Po. La gran burguesía terrateniente de Emilia-Romaña dio su total apoyo al fascismo, que apenas si tuvo eco en el atrasado sur de Italia.

Todavía fueron precisos dos años de auténtica guerra civil (1921 y 1922), la preciosa colaboración del socialismo reformista y la traición del sindicalismo de la CGL, para que el fascismo pudiera dominar los grandes centros industriales del norte de Italia. Pero una vez conseguido esto, tras el fracaso de la huelga general de agosto de 1922, la Marcha sobre Roma se convirtió en puro trámite.

Trámite en el que Bordiga no dejó de subrayar la toma democrática del poder por los fascistas, con el voto favorable de todas las formaciones políticas liberales y democráticas existentes entonces en el Parlamento.

HOY

Pasados cien años de la publicación de los artículos de Bordiga sobre el origen y auge del fascismo en Italia, podemos afirmar, sin duda alguna, que el antifascismo ha sido la peor consecuencia histórica e ideológica del fascismo y es hoy, el último baluarte teórico del capital.

La esencia del antifascismo radica en promover la lucha contra el fascismo, fortaleciendo la democracia. Esto es, **no apoya la lucha contra el capitalismo, sino sólo contra su forma fascista. No lucha por destruir el capitalismo, no lucha por la revolución proletaria, su objetivo es la caída del fascismo para restablecer la democracia burguesa.**

El antifascismo conduce a la lucha por una opción burguesa, excluyendo toda alternativa revolucionaria y anticapitalista. Y esa exclusión es precisamente la función contrarrevolucionaria del antifascismo.

No existe un antifascismo revolucionario, más allá de la vacua retórica de un confuso oxímoron. El antifascismo siempre es democrático e integrador,

nunca es antisistema, y siempre es objetivamente contrarrevolucionario.

Otra cosa es la imagen deforme y falsa que los militantes antifascistas creen y difunden de sí mismos como gallos peleones con un terrible espolón, cuando solo son desplumadas aves de corral, listas para ser degolladas y arrojadas al caldero.

Fascismo y antifascismo

Susanita y la tele han aupado a la extrema derecha al escenario parlamentario. No es casualidad. El pueblo vota y opina siempre lo que le dicen que ha de votar y opinar. El surgimiento de Podemos también fue fruto de los medios de comunicación, para controlar una situación social que se desbordaba. Lo mismo sucede con el actual auge de Vox. Los medios son la voz de su amo y del gran capital que les financia. Los desacreditados, falsarios y corruptos socialistas necesitan desesperadamente el espantajo fascista para mantenerse en el escenario político.

El auge de Vox y de la extrema derecha, acompañado por la deriva fascista del PP y falangista de Ciudadanos, no debería sorprendernos. Es lo que toca en situaciones de crisis política, económica y social. El fascismo defiende al Estado democrático contra un proletariado que, para sobrevivir, no tiene otro camino que amotinarse contra el ataque generalizado a sus condiciones de vida y de trabajo. Ahí está el combate de los chalecos amarillos en Francia.

Derechos y libertades democráticas han entrado en contradicción con la defensa de los intereses del capital por parte del Estado. Esa contradicción conduce a la burguesía a renunciar a su propia ideología democrática y desvela el carácter represivo del Estado [1], que ha de defender los intereses de clase de la burguesía por TODOS LOS MEDIOS, incluidos los que suponen la abolición de los derechos y libertades democráticos.

A esto se suma la cabezona intentona separatista catalana, que manifiesta contradicciones insolubles en el seno de la propia burguesía Y el Estado se muestra incapaz de representar los intereses de esa pequeña burguesía nacionalista.

Democracia y fascismo no se oponen, sino que se complementan; ya sea de forma alternativa o al unísono. Podemos y su propuesta de alianza antifascista se complementa con el fascismo de Vox: se trata de someter el proletariado a la alternativa entre fascismo o antifascismo, obstruyendo cualquier vía revolucionaria y anticapitalista.

Podemos hace un llamamiento a defender la democracia capitalista, azuzando el espantajo fascista de Vox: ¡Cuidado que viene el lobo! ¡Defendamos este sistema corrupto y explotador, porque peor sería el fascismo!

No sé si se entiende la profunda perversidad de Podemos cuando llama a la unidad antifascista (con el PSOE, PP, Ciudadanos e independentistas), entendida como apoyo incondicional al actual capitalismo y su ataque a las condiciones de vida de los trabajadores y de la inmensa mayoría del pueblo español.

EL DESDOBLAMIENTO POLÍTICO de la burguesía, ante la constante amenaza del proletariado, bajo sus dos aspectos de fascismo (el ultraderechista Vox, pero también de PP y Ciudadanos) y democracia parlamentaria (PSOE, Podemos y nacionalistas) convergen en una estrategia común de la burguesía, en defensa de sus intereses históricos de clase.

La función de la socialdemocracia (PSOE y Podemos) es la de desviar las luchas del proletariado de su objetivo revolucionario y anticapitalista, para llevarlas a la defensa de la democracia burguesa. Es necesario preparar el altar de la sagrada unidad antifascista, para proceder a efectuar todos los sacrificios necesarios, incluidas las libertades democráticas y el nivel de vida de los trabajadores.

Así como Abraham alzó su cuchillo para asesinar en el altar de piedras y barro a su hijo Jacob, con el objetivo único de satisfacer a Jehová y acallar las voces que oía en el interior de su cabeza; así es como Pablo Iglesias alza su llamamiento a la unidad antifascista. El ángel del señor sustituyó, en el último momento, a Jacob, hijo de Abraham, por un cordero. Y el cuchillo arrebató la vida de ese cordero. Con ángel o sin ángel, ¿a quién le tocará hacer el papel del cordero, sino a los miserables inmigrantes, exiliados y apátridas; a los perseguidos y humillados de la tierra? Pero ése es sólo el primer sacrificio sangriento, luego vendrán otros.

Vox carece de programa, porque a los cien puntos de su pretendido programa sólo se le puede denominar vía libre al capitalismo salvaje y esclavización del proletariado. El fascismo no es un producto de las capas reaccionarias de la burguesía, ni producto de una sociedad feudal, sino por el

contrario producto de un capitalismo industrial avanzado que, ante la galopante crisis económica, pasa a la ofensiva.

El antifascismo es la consecuencia más grave del fascismo. Sustituye la ALTERNATIVA revolucionaria CAPITALISMO/COMUNISMO, por la opción (siempre burguesa) DEMOCRACIA/FASCISMO.

Hay una continuidad esencial entre democracia y fascismo, de igual modo que en el siglo XIX existió una continuidad básica entre liberalismo y democracia. Los métodos socialdemócrata y fascista en lugar de alternarse en el gobierno tienden a fusionarse. Podemos y Vox son dos voces distintas para defender los mismos intereses: los del gran capital financiero y de las multinacionales.

Los resultados de las elecciones andaluzas deben interpretarse como un fenómeno más del contexto histórico de crecimiento del fascismo a nivel europeo e internacional. Contexto histórico similar al de los años treinta. El fascismo en defensa directa de los intereses del capital; mientras los socialdemócratas y populistas, que dicen representar al pueblo, lo que hacen es venderlo y traicionarlo, complementando la tarea de los fascistas.

Nada nuevo bajo el sol. Pero, hoy, gracias a las lecciones de la historia, sabemos que fascismo y antifascismo son dos caras de la misma moneda.

Podemos y otros nos piden que aceptemos gozosamente el actual capitalismo salvaje y obsoleto para salvarnos del fascismo. Pero hoy sabemos que es el capitalismo quien engendra y completa al fascismo.

Socialdemócratas, reformistas, populistas, nacionalistas de todas las patrias y estatistas de todo pelaje vendrán a implorarnos y defender que abandonemos nuestras luchas, que hagamos dejación de principios, que olvidemos nuestras reivindicaciones, que aceptemos nuestra derrota antes de que empiece el combate. E intentarán ponerse a la cabeza de cualquier movimiento que pueda surgir, para desviarlo, desnaturalizarlo y derrotarlo.

La diferencia de hoy con el ayer radica en que hoy sabemos, porque lo hemos sufrido con la sangre y el dolor de

nuestros abuelos, que fascismo y democracia son sólo dos formas distintas de gobierno del capitalismo. Fascismo y democracia son hijos naturales del capital. Pero hoy el capitalismo es un sistema obsoleto, que sólo puede ofrecernos miseria, horror y muerte. Por primera vez en la historia se plantea la posibilidad de la desaparición en el planeta de la especie humana y de todo tipo de vida.

La alternativa no es fascismo o antifascismo, porque ambos defienden el sistema capitalista, mientras nos engañan con un falso enfrentamiento.

Acendremos, depuremos y afilemos la teoría, porque las batallas del mañana son de una magnitud gigantesca y nos jugamos la existencia. En el capitalismo no hay futuro.

Derrotismo revolucionario

Tras la invención y magnificación de la amenaza terrorista islámica o antisistema se esconde la elaboración de una ofensiva política y militar contra todas las libertades y derechos democráticos de los países occidentales. A medio plazo recortes sociales y libertades son incompatibles. Las distintas leyes mordaza o antiterroristas son el inicio del camino hacia un autoritarismo político sin límites, que desemboca en dictaduras más o menos camufladas.

Ayer

El derrotismo es una táctica política que tiene por objetivo propagar el desaliento en el propio país mediante noticias o ideas pesimistas acerca del resultado de una guerra o de cualquier otra empresa.

Derrotismo revolucionario es el impulsado por algunas minorías en un país en guerra contra el propio gobierno, con el objetivo de favorecer al movimiento revolucionario. Se opone frontalmente a la unión sagrada, esto es, a la unidad nacional de todas las clases con el propósito único de obtener la victoria nacional sobre el enemigo. El derrotismo revolucionario rompe con esa unión sagrada entre clases y lucha contra su propia burguesía con el objetivo de conseguir la derrota de su propia nación. No hay más horizonte que el internacionalismo, la paz y la revolución social.

Aunque ya había sido utilizado esporádicamente durante la guerra franco-prusiana de 1870, el término se popularizó durante la Primera Guerra Mundial, como propuesta de los revolucionarios de luchar contra el propio gobierno en nombre del internacionalismo proletario, con el fin de alcanzar una salida revolucionaria capaz de acabar con la guerra. Obtuvo cierto éxito en Rusia, Alemania, Italia. Hungría, Rumania... y en el verano de 1917 amenazó seriamente al ejército

francés, con amotinamientos de regimientos enteros y deserciones en masa.

Clemenceau, Pétain y el alto mando militar hicieron pequeñas reformas al mismo tiempo que recurrían al fusilamiento selectivo, diezmando a los regimientos insurrectos contra sus propios mandos. En otoño de 1917 los soldados volvieron a la obediencia llenos de odio y rencor contra sus oficiales y los políticos, aunque habían conseguido que la estrategia del Estado Mayor abandonara las grandes ofensivas y sus consecuentes carnicerías por una guerra de trincheras meramente defensiva. Pero la táctica de derrotismo revolucionario demostró en Francia su incapacidad para poner fin a la guerra o desembocar en insurrecciones revolucionarias.

Durante la guerra civil española hubo algunos intentos de aplicación del derrotismo revolucionario. Los más destacados fueron los promovidos por Bilan y por Los Amigos de Durruti.

Bilan aplicaba un derrotismo abstracto e idealista, entre otras cosas porque no tenía capacidad para intervenir o influenciar mínimamente a la clase obrera española. No cabe despreciar o ridiculizar las tesis o posturas teóricas de la Fracción, pero sí que debe cuestionarse el carácter marxista de las mismas, porque un marxismo crítico sin capacidad operativa de intervenir en la realidad social e histórica no es marxismo: es filosofía. Aquellos que se obsesionan en la defensa a ultranza de Bilan caen en el idealismo, ya fustigado por Marx en la tesis número 11 sobre Feuerbach.

La Fracción Italiana de Izquierda comunista, que editaba Bilan en francés y Prometeo en italiano, consideraba que la guerra civil española era una guerra imperialista entre la burguesía democrática y la burguesía fascista.

Las consignas de Bilan sobre sabotaje de la industria de guerra, confraternización en el frente con los fascistas, no tomar partido por ninguno de los bandos imperialistas en lucha, etcétera, eran unas consignas abstractas, ideológicas y en la práctica reaccionarias, cuyo principal defecto era su inoperancia, su falta de capacidad para convertirlas en acción práctica: eran papel mojado. Pero, eso sí, eran unas

tesis teóricas muy brillantes, que lucían muy bien en las páginas de Bilan. Su aplicación práctica, absolutamente imposible para el grupúsculo de extranjeros de la Fracción, sin influencia alguna en la clase obrera barcelonesa o catalana, era de carácter reaccionario porque implicaba la colaboración con los fascistas y ayudarles a romper el frente republicano, abriendo las puertas al ejército de Franco.

Bilan sólo hizo lo único que podía hacer: defender sus posiciones sobre el papel. Quien sí que puso en práctica un derrotismo revolucionario demoledor y activo fueron Los Amigos de Durruti.

La propia fundación de la Agrupación de Los Amigos de Durruti se originó como punto final de un proceso de derrotismo revolucionario:

El 20 de octubre de 1936 se decretó la militarización de las milicias populares, que debía entrar en vigor el 1 de noviembre. Los milicianos de la Fracción decidieron abandonar el frente porque consideraron que la guerra civil española se había convertido definitivamente en una guerra imperialista. Las diferentes columnas anarquistas, como sucedía en tantos otros ámbitos, se resistieron varios meses a la aplicación de ese decreto.

El rechazo a la militarización de las Milicias Populares creó un serio malestar en diversas unidades de milicianos libertarios, que se concretaron en el pleno de columnas confederales y anarquistas reunido en Valencia del 5 al 8 de febrero de 1937. Pablo Ruiz asistió como delegado de los milicianos de la Columna Durruti, en el sector de Gelsa, reacios a la militarización, y los hermanos Pellicer como representantes de los milicianos de la Columna de Hierro. En la cuarta agrupación de la Columna Durruti, en el sector de Gelsa, se llegó a una desafiante desobediencia de las órdenes recibidas de los Comités Regionales de la CNT y la FAI para que aceptasen la militarización. La hostilidad entre los milicianos de la Columna Durruti que aceptaban la militarización, y quienes la rechazaban, creó serios problemas, que a punto estuvieron de provocar un enfrentamiento armado, que se canalizaron mediante la creación de una comisión de la Columna, presidida por Manzana, que planteó el problema al Comité Regional.

Como resultado de estas conversaciones se optó por dar a todos los milicianos la posibilidad de escoger, en el término de quince días, entre dos alternativas: la aceptación de la militarización impuesta por el gobierno republicano, o el abandono del frente.

Pablo Ruiz, delegado de la cuarta agrupación de la Columna Durruti en Gelsa lideró a unos 800 milicianos que decidieron, pese a todas las presiones, abandonar el frente, llevándose las armas, para bajar a Barcelona y fundar una organización revolucionaria que se opusiera a la constante dejación de principios anarquistas y a la contrarrevolución en marcha. Esos milicianos estuvieron en el origen de la fundación de la Agrupación de Los Amigos de Durruti. En mayo de 1937 habían expedido cinco mil carnets y cuatrocientos de ellos estaban luchando en las barricadas, armados.

La Agrupación de Los Amigos de Durruti se fundó formalmente el l7 de marzo de 1937, aunque sus orígenes se remontan a octubre de 1936. En la Agrupación se daba la confluencia de dos corrientes principales: la oposición de los milicianos anarquistas de la Columna Durruti a la militarización de las Milicias Populares, y la oposición al gubernamentalismo, que halló su mejor expresión en los artículos de Jaime Balius (pero no sólo de Balius) en Solidaridad Obrera, desde julio hasta noviembre de 1936, en Ideas, desde diciembre de 1936 hasta abril de 1937, y en La Noche, desde marzo hasta mayo de 1937.

Ambas corrientes, la "miliciana" de rechazo a la militarización de las Milicias Populares, representada por Pablo Ruiz, y la "periodística" de crítica al colaboracionismo gubernamental de la CNT-FAI, encabezada por Jaime Balius, se opusieron a la ideología circunstancialista y colaboracionista confederal (que servía de coartada para el abandono de los principios característicos y fundamentales del anarquismo), encarnada con diversos matices, por Federica Montseny, Juan García Oliver, "Diego Abad de Santillán" o Juan Peiró, entre otros.

El derrotismo revolucionario de Los Amigos de Durruti fue algo muy concreto y real, y por lo tanto revolucionario; en comparación, el abstracto e idealista derrotismo de Bilan

era sólo papel mojado o verborrea, y además reaccionario. La inopia de Bilan era tal que en todo momento desconoció qué eran y qué hacían Los Amigos de Durruti, y es que desde París todo parecía teóricamente perfecto y era muy fácil pontificar en bellos artículos sobre hechos y cosas que quedaban muy lejanos y ajenos.

Aquí no caben dudas, ni matices: Los Amigos de Durruti pusieron en práctica uno de los episodios de derrotismo revolucionario más sobresalientes de la historia del movimiento obrero y revolucionario: 800 milicianos abandonaron el frente de Aragón con las armas en la mano, para bajar a Barcelona con el objetivo de combatir por la revolución, fundando la Agrupación de Los Amigos de Durruti, que en mayo de 1937 intentó plantear una orientación revolucionaria a la insurrección obrera contra el estalinismo y el gobierno burgués de la Generalidad. Así fue y así sucedió. Los militantes de la Fracción, en París, se limitaban a pontificar en los artículos publicados en Bilan y Prometeo, con mayor o menor acierto, sobre esa lejana y ajena insurrección.

Durante la Segunda guerra mundial fueron muy escasos los casos de derrotismo revolucionario, ya que la opción entre democracia y fascismo encandiló a las multitudes frente a la alternativa revolucionaria entre capitalismo (fascista o demócrata) y comunismo. Alternativa comunista que además aparecía deformada grotescamente como despotismo estalinista. Sólo algunas pequeñas minorías, sin apenas influencia social real, impulsaron consignas de transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria.

Entre esas minorías destacaba el Grupo Español de la Cuarta Internacional, que en la revista Revolución, publicada en México, publicó los artículos de Munis y Benjamin Péret sobre la guerra imperialista, denunciando las matanzas de los bombardeos alemanes sobre Londres, los bombardeos americanos sobre las ciudades alemanas, o el estrecho nacionalismo reaccionario de la Resistencia francesa.

Otro ejemplo digno de mención fue el del judío austriaco Georg Scheuer y el grupo RK (Comunistas revolucionarios), que practicó el derrotismo revolucionario entre los soldados

alemanes del ejército hitleriano, con octavillas y propaganda que llamaban a la deserción en el ejército alemán de ocupación, en Francia. Sus acciones superan la imaginación desbordada de una novela de aventuras. Como judíos de habla alemana en la Francia ocupada necesitaban falsificar papeles de identificación, y puestos a ello, falsifican documentos de mutilados de guerra, porque de este modo les sale más barato los billetes de tren. Secuestrada una militante del grupo por la GESTAPO, en un hospital francés, el grupo se disfraza de comando de la Gestapo, amedrenta a los guardias fascistas de Vichy y la libera sin disparar un solo tiro. Al final de la guerra, en 1946, Scheuer participa en la huelga de ocupación y autogestión de la fábrica Renault, propiedad de un destacado colaboracionista, pero la intentona revolucionaria fracasó estrepitosamente ante el peso aplastante de la restauración capitalista.

Hoy

En la actualidad de la guerra de clases en curso el derrotismo revolucionario tiene cinco frentes abiertos:

1.- El de las tropas nacionales operando en otros países en las llamadas misiones de paz. ¿Qué intereses defienden si no son los del capital financiero internacional? ¿Qué paz pueden ofrecer legionarios, policías, mercenarios y similares?

2.- Tras la invención y magnificación de la amenaza terrorista islámica o antisistema se esconde la elaboración de una ofensiva política y militar contra todas las libertades y derechos democráticos de los países occidentales. A medio plazo recortes sociales y libertades son incompatibles. Las distintas leyes mordaza o antiterroristas son el inicio del camino hacia un autoritarismo político sin límites, que desemboca en dictaduras más o menos camufladas con inocentes adornos democráticos y elecciones entre lo malo y lo peor.

3.- Las prohibiciones estatales a las migraciones son matanzas en masa y una burla a los refugiados políticos.

4.- La guerra social contra los marginados, parados y precarios toma hoy la forma de una guerra del Estado contra los sectores más desfavorecidos de sus pueblos, que tiene sus campos de batalla en los barrios y los guetos.

5.- La táctica derrotista contempla hoy la disolución de todos los ejércitos, de todas las policías, de todas las fronteras, de todos los Estados, como única solución de supervivencia para todos aquellos que no tienen ningún poder de decisión sobre sus propias vidas y que padecen la burla de unas elecciones en las que se eligen unos representantes que no pueden hacer otra cosa, sea cual fuere su voluntad, que fortalecer al sistema y aplicar su lógica destructiva y antipopular en defensa de las multinacionales y el capital financiero.

Chalecos amarillos y lucha de clases

No son sólo chalecos amarillos, Monsieur Macron, es la guerra de clases, estúpido!. Es el viejo topo que aparece y desaparece de escena, cavando sin cesar su túnel bajo un mundo caduco y obsoleto!.

El proletariado no es una cosa, ni una identidad, ni una cultura, ni un colectivo estadístico que tiene unos intereses de clase propios que defender. El proletariado se constituye en clase mediante un proceso de desarrollo y formación que sólo se da en la lucha de clases. El proletariado, reducido en el capitalismo avanzado al estatus de productor y consumidor deviene una categoría social pasiva, sin conciencia propia; es una clase para el capital, sometida a la ideología capitalista. No es nada, ni aspira a nada, ni puede nada. Sólo en la intensificación y agudización de la lucha de clases surge como clase y adquiere conciencia de la explotación y dominio que sufre en el capitalismo y, en el proceso mismo de esa guerra de clases se manifiesta como clase autónoma y se constituye como proletariado antagónico y enfrentado al capitalismo, como comunidad de lucha. Enfrentamiento total y a muerte, sin posibilidades ni aspiraciones reformistas o de gestión de un sistema hoy ya obsoleto y caduco

Esta noción de clase como "algo que sucede", que brota y florece del suelo de los explotados y oprimidos, es clave. La clase no se refiere a algo que las personas son, sino a algo que hacen. Y une vez que entendemos que la clase es fruto de la acción, entonces podemos comprender que cualquier intento de construir una noción existencialista o cultural e ideológica de clase, es falsa y está condenada al fracaso.

La clase no es un concepto estático, sólido o permanente; sino dinámico, fluido y dialéctico. La clase sólo se manifiesta y se reconoce a sí misma en los breves periodos en los que la lucha de clases alcanza su punto culminante.

El proletariado se define como la clase social que carece de todo tipo de propiedad y que para sobrevivir necesita vender su fuerza de trabajo por un salario. Forman parte del prole-

tariado, sean o no conscientes de ello, los asalariados, los parados, los precarios, los jubilados y los familiares que dependen de ellos. En Francia forman parte del proletariado los casi tres millones de parados y los veintiséis millones de asalariados o autónomos que temen engrosar las filas del paro, amén de una cifra indefinida de marginados, que no aparecen en las estadísticas porque han sido excluidos del sistema.

La democracia parlamentaria europea se ha transformado rápidamente, desde el inicio de la depresión (2007), en una partitocracia "nacionalmente inútil", autoritaria y mafiosa, dominada por esa clase dirigente capitalista apátrida, que está al servicio de las finanzas internacionales y las multinacionales. Se produce una profunda y extensa proletarización de las clases medias, una masificación del proletariado y la erupción violenta e intermitente de irrecuperables colectivos, suburbios y comunidades marginadas, antisistema (no tanto por convicción, como por exclusión). Los Estados nacionales se convierten en instrumentos obsoletos (pero aún necesarios, en cuanto garantes del orden público y defensa armada de la explotación) de esa clase capitalista dirigente, de ámbito e intereses mundiales. Su forma de gobierno es el totalitarismo democrático: una democracia reducida a la mínima expresión de votar cada equis años, para elegir entre representantes malos o peores del capital, sin capacidad alguna de intervención o decisión en la vida social o política.

Los suburbios se convierten en guetos de excluidos del sistema, que el Estado intenta aislar entre sí, entregando su dominio a las bandas, la droga, las mafias, las escuelas, los trabajadores sociales, oenegés, etetés, prisiones y policía, para que conjuntamente impongan el control y/o sacrificio económico, político, social, moral, volitivo, y si hace falta también físico, de "todos los que sobran", con el objetivo preciso y concreto de desactivar su potencial revolucionario, intentando convertir esos barrios periféricos en colmenas de muertos vivientes, a los que las instituciones estatales les han declarado una guerra total de exterminio y aniquilación.

La lucha de clases no es sólo la única posibilidad de resistencia y supervivencia frente a los feroces y sádicos ataques del capital, sino la irrenunciable vía de búsqueda de una

solución revolucionaria definitiva a la decadencia del sistema capitalista, hoy obsoleto y criminal, que además se cree impune y eterno. Lucha de clases o explotación sin límites; poder de decisión sobre la propia vida o esclavitud asalariada y marginación.

La vía kosovar

Ayer (2008), 20 puntos de análisis:

1. Kosovo es desde 1999 un territorio ocupado por la OTAN y Estados Unidos. Tiene un millón ochocientos mil habitantes, de mayoría albanesa (de religión musulmana). La minoría serbia es de cien a ciento veinte mil habitantes. Con una agricultura de subsistencia, sus principales recursos económicos son, en la actualidad, las subvenciones de la Unión Europea, el trabajo relacionado con la base militar de Estados Unidos, las remesas de los emigrantes y el crimen organizado (armas, drogas, prostitución, robo de coches de lujo), con bandas criminales militares organizadas en toda Europa, para financiar la guerra contra Serbia del Ejército kosovar (KLA) y la subsistencia de sus familias.

2. Kosovo, con el apoyo fundamental de Estados Unidos y Alemania, se ha declarado unilateralmente como un Estado independiente, pero las principales decisiones políticas referentes a gasto público, programas sociales, acuerdos monetarios y comerciales seguirán en manos de la administración de las fuerzas de ocupación de la OTAN y Estados Unidos.

3. El primer ministro de Kosovo, Hashim Thaci, exdirigente del Ejército de Liberación de Kosovo (KLA), mantiene relaciones con sindicatos del crimen (principalmente tráfico de droga, de armas y prostitución) europeos, en estrecho contacto con las mafias albanesas, macedonias e italianas.

4. La ocupación de Kosovo por parte de la OTAN responde a objetivos de política exterior estadounidense. Asegura la militarización de rutas estratégicas de oleoductos y de corredores de transporte que unen Europa occidental con el Mar Negro. También protege el multibillonario tráfico de heroína, que utiliza Kosovo y Albania como lugares de tránsito para los envíos por barco de heroína afgana a Europa occidental. Kosovo es una colonia de Estados Unidos en Europa.

5. Kosovo aloja una de las mayores bases militares estadounidenses, Camp Bondsteel, con más de siete mil soldados norteamericanos. Existen indicios de que podría sustituir a la base aérea estadounidense de Aviano en Italia.

6. Los planes para construir Camp Bondsteel, bajo un lucrativo contrato multibillonario del departamento de Defensa estadounidense se formuló cuando Dick Cheney era presidente de Halliburton. La construcción de Camp Bondsteel se empezó poco después de la invasión de 1999 bajo la administración Clinton. Se acabó de construir durante la administración Bush, después de que Dick Cheney dimitiera de su puesto como presidente de Halliburton. Como en otras ocasiones los objetivos de la política exterior de Estados Unidos coinciden y se entrelazan con el enriquecimiento personal de altos cargos de la administración norteamericana.

7. Uno de los objetivos de la base de Camp Bondsteel era proteger el proyecto de oleoducto albano-macedonio-búlgaro (AMBO, por sus siglas en inglés), que iba a canalizar el petróleo del Mar Caspio desde el puerto búlgaro de Burgas en el Mar Negro hasta el Adriático. Muy oportunamente, en 1997, dos años antes de la invasión, un alto ejecutivo de Brown and Root Energy, una subsidiaria de Halliburton, Edward L. (Ted) Ferguson, había sido nombrado director del AMBO. La empresa de ingeniería de Halliburton, Kellog, Brown & Root Ltd., también se hizo cargo de los planes de viabilidad del oleoducto AMBO. El acuerdo AMBO para el oleoducto de 917 kilómetros de largo desde Burgas a Valona, Albania, se firmó en 2004.

8. El KLA (Ejército de Kosovo) se creó como un grupo paramilitar a mediados de los noventa, financiado por Estados Unidos y la OTAN. Su objetivo era desestabilizar y, en última instancia, desintegrar Yugoslavia. El KLA mantiene amplias relaciones con Al Qaeda, que también estuvo implicada en su adiestramiento militar. Mercenarios mujaidines procedentes de muchos países han integrado las filas del KLA, que estuvo implicado tanto en actividades terroristas como en asesinatos políticos. El sistema político kosovar está integrado por elementos criminales. Los políticos occidentales son comple-

tamente conscientes de la naturaleza del proyecto político kosovar, del que son artífices.

9. Sin embargo, a lo que estamos asistiendo no es a las relaciones habituales de algunos políticos occidentales corruptos con sindicatos criminales. La relación es mucho más sofisticada. Tanto la Unión Europea como Estados Unidos están utilizando a organizaciones criminales de Kosovo para lograr sus objetivos militares exteriores. A cambio de ello, Kosovo apoya los intereses de las compañías petrolíferas y de los constructores de defensa, por no mencionar el tráfico multibillonario de heroína desde Afganistán.

10. A nivel institucional, la administración estadounidense, la Unión Europea, la OTAN y la ONU están promoviendo en realidad la criminalización del Estado kosovar, que ellos controlan. La independencia de Kosovo transformará formalmente a Kosovo en un Estado mafioso independiente, controlado por una alianza militar occidental. Lo que se decide en Kosovo no es ningún "derecho de las naciones a la autodeterminación", sino el derecho de las mafias locales a construir su propio Estado.

11. En 1999, ante la certeza de que Rusia vetaría una resolución del Consejo de Seguridad para frenar la limpieza étnica de Milósevic, en un Kosovo de mayoría albanesa, el secretario general de la OTAN, Javier Solana, ordenó bombardear Belgrado. Fue la operación denominada «Fuerza Determinante» que se desarrolló del 23 de marzo al 3 de junio de 1999, en la que España participó con cazabombarderos F-18. La actual independencia de Kosovo está íntimamente relacionada con las guerras dirigidas por Estados Unidos, después del 11 de septiembre, en Asia central y Oriente Próximo. Los Balcanes constituyen la puerta de entrada a Eurasia. La invasión de 1999 estableció una presencia militar estadounidense permanente en el sur de Europa, que sirve a la más amplia guerra dirigida por Estados Unidos. Yugoslavia, Afganistán e Irak son tres escenarios de guerra que se emprendieron por "motivos humanitarios" y en defensa de "la libertad de los pueblos". En los tres países, sin excepción, se establecieron bases militares de Estados Unidos.

12.. El 70% de la heroína que entra en Europa occidental lo hace por Turquía. Y gran parte de los envíos por barco procedentes de Turquía transitan por los Balcanes. El contrabando de armas desde Albania a Kosovo y Macedonia del Norte empezó a principios de 1992. Se había desarrollado ampliamente un tráfico triangular de petróleo, armas y narcóticos a consecuencia del embargo impuesto por la comunidad internacional a Serbia y Montenegro, y del bloqueo impuesto por Grecia a Macedonia del Norte.

13. La industria y la agricultura en Kosovo fueron abocadas a la bancarrota por las letales "medidas económicas" impuestas por el FMI a Belgrado en 1990. Se impuso el embargo a Yugoslavia. Los serbios y albanos fueron abocados a una pobreza abismal, al mismo tiempo que se apoyaba el ingreso de Eslovenia y Croacia en la Unión europea, como otro medio para disgregar Yugoslavia. El colapso económico creó un entorno que fomentó el progreso del crimen en Kosovo. El índice de paro llegó a un sorprendente 70% (según fuentes occidentales). La pobreza y el colapso económico sirvieron para exacerbar las tensiones étnicas latentes. Miles de jóvenes en paro, apenas adolescentes, fueron reclutados en las filas del KLA, en una sociedad empobrecida y sin más salidas profesionales.

14. Los barones de la droga en Kosovo, Albania y Macedonia del Norte (que mantenían relaciones con la mafia italiana) se habían convertido en las nuevas élites económicas, asociadas con frecuencia a los intereses de los negocios occidentales. A cambio, la recaudación financiera del tráfico de drogas y de armas se recicló a otras actividades ilícitas, incluyendo una vasta red de prostitución entre Albania e Italia. Los grupos criminales albanos, que operaban en Milán, se convirtieron en redes de prostitución tan poderosas que desbancaron a la mafia calabresa en poder e influencia. Se calcula que en la Costa del Sol existen unos seiscientos criminales mafiosos albano-kosovares, organizados militarmente.

15. La aplicación de excepcionales medidas económicas controladas por las instituciones de Bretton Woods, con base en Washington, habían contribuido a destruir el sistema bancario de Albania y a precipitar el colapso de su economía.

El subsiguiente caos permitió a las transnacionales estadounidenses y europeas tomar excelentes posiciones. Varias compañías petrolíferas occidentales, incluyendo Occidental, Shell y British Petroleum, habían puesto en su punto de mira a los abundantes e inexplorados depósitos de petróleo de Albania. Los inversores occidentales también apuntaban a las inmensas reservas de cromo, cobre, oro, níquel y platino de Albania....

16. No es sorprendente que haya habido un total silencio en los medios de comunicación internacionales en relación al tráfico de armas y drogas de Kosovo. El destino de Kosovo ya había sido diseñado cuidadosamente antes de la firma de los acuerdos de Dayton de 1995. La OTAN ha establecido unas peligrosas relaciones de colaboración con la mafia, a las que difícilmente puede renunciar. Se ha establecido en la región a "combatientes de la libertad" musulmanes. El tráfico de narcóticos ha permitido a Washington y Bonn la financiación del conflicto de Kosovo, con el preciso y concreto objetivo de desestabilizar el gobierno de Belgrado y recolonizar completamente los Balcanes. El resultado es la destrucción de todo un país. Los gobiernos occidentales que participaron en la operación de la OTAN son plenamente responsables de las muertes de civiles, del empobrecimiento general de sus habitantes, tanto albanos como serbios, y de la difícil situación vivida por quienes fueron brutalmente desarraigados de sus ciudades y pueblos en Kosovo, a causa de los bombardeos.

17. La destrucción de la República Federal de Yugoeslavia, un gran Estado pro-ruso sustituido por una pléyade de pequeños estados mafiosos, económicamente inviables en el cuadro de la globalización económica, responde a los intereses imperialistas de Estados Unidos y de Alemania en los Balcanes, con la sumisión de países colonizados y totalmente dependientes. Incrementa, facilita y legaliza un sector económico clandestino mafioso, cada vez más importante en todas las economías occidentales, más o menos perseguido en teoría, pero siempre protegido y tolerado en la práctica por sus enormes beneficios, en los países industrializados: tráfico de droga, de armas y prostitución. Albania, Kosovo y Macedonia del Norte son regiones inviables como estados

independientes, sin más destino que el de constituirse en Estados-Mafia, colonizados por las potencias imperialistas de Estados Unidos y la Unión Europea o, en su ausencia, de China y Rusia, como sucede en Montenegro y Serbia.

18. La destrucción de Yugoslavia se inició con la subordinación de este país a los dictados del FMI, que desgajó a Eslovenia y Croacia como los países más aptos para ingresar en la Unión europea, al tiempo que hundía la economía de Serbia-Montenegro y Macedonia del Norte, y provocaba las guerras de disgregación de las diferentes repúblicas yugoslavas, a medida que convertía en fronteras internacionales las anteriores divisiones administrativas internas de Yugoslavia.

19. La independencia de Kosovo es un engendro imperialista que encuentra réplicas similares en Macedonia del Norte, con una minoría albanesa y una mayoría serbomacedónica; y en Bosnia, compuesta por dos entidades estatales artificialmente federadas: la República Serbia y la Confederación de croatas y musulmanes. Macedonia del Norte y Bosnia son otros dos Estados colonizados e inviables, asentados sobre un polvorín étnico que puede estallar en cualquier momento.

20. En Kosovo no se dirime ningún "derecho de las naciones a la autodeterminación", sino la construcción de un Estado por las mafias locales, al servicio del imperialismo de Estados Unidos y de la Unión europea.

Tesis de 2008

Los nacionalismos son hoy, tanto en los Balcanes como en el resto de Europa, y en todo el mundo, un arma en manos de las potencias imperialistas. Tanto las luchas de liberación nacional (de los llamados pueblos oprimidos) como las guerras imperialistas (de las grandes potencias) son otra manifestación más de la barbarie de la decadencia del capitalismo. Más tarde o más temprano, todas las guerras comerciales han de desembocar en conflictos armados entre las principales potencias imperialistas.

45582932-mapa-político-de-kosovo-con-la-capital-pristina-las-fronteras-nacionales-ciudades-importantes-ríos-y-lag.jpg

Hoy (2018), 20 puntos de análisis:

1. El 17 de febrero de 2008, el Parlamento de Kosovo, reunido en sesión especial, proclamó de forma unilateral su independencia de Serbia, bajo el nombre de República de Kosovo. Estados Unidos, el Reino Unido y Francia apoyaron abiertamente tal declaración, mientras Serbia y Rusia la rechazaban. Hubo protestas en Belgrado contra la declaración, mientras que la mayoría de los países de la Unión Europea y de los Estados balcánicos reconocieron oficialmente al nuevo país.

2. Serbia anunció que no reconocería el nuevo Estado y presentó una consulta formal ante la Corte Internacional de Justicia referente a la legalidad de la declaración unilateral de independencia de Kosovo. La consulta serbia fue aprobada favorablemente por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 8 de octubre de 2008, con 77 votos a favor, 6 en contra y 74 abstenciones.

3. El gobierno serbio presentó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas un proyecto de resolución que reafirmara su soberanía sobre Kosovo, pero la presión de los principales países de la Unión Europea (a la cual Serbia desea acceder) finalmente cambió la redacción de la propuesta aprobada, en la que se solicitaba a las Naciones Unidas que apoyasen el diálogo entre los gobiernos de Belgrado y Pristina para alcanzar acuerdos técnicos. La propuesta fue aprobada por aclamación.

4. El 19 de abril de 2013, Serbia y Kosovo iniciaron relaciones institucionales de Estado a Estado. En teoría, era el primer paso para el reconocimiento de Kosovo como Estado independiente por parte de Serbia.

5. En la práctica, la República de Serbia considera que el territorio de Kosovo sigue bajo su soberanía, de acuerdo a lo estipulado por su constitución y por la Resolución 1244 del

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y considera ilegales las instituciones creadas por la República de Kosovo. El gobierno serbio, en Kosovo, está bajo el mando del Ministerio de Kosovo y Metohija, fundado el 15 de mayo de 2007 y liderado por Goran Bogdanovic del Partido Democrático de Serbia desde el 9 de julio de 2008. Localmente, la administración serbia se ejerce principalmente en Kosovo del Norte y algunos enclaves en el sur de Kosovo, a través de la Asamblea Comunitaria de Kosovo y Metohija, compuesta por 45 representantes de 26 municipios y con sede en la ciudad de Mitrovica.

6. En julio de 2008, el gobierno de Serbia organizó elecciones locales en esas zonas bajo su administración para determinar a los representantes de la Asamblea, pese al rechazo de la República de Kosovo.

7. Desde la declaración de independencia hasta la actualidad, 111 de los 193 países de la ONU han reconocido la independencia de la República de Kosovo. Entre estos estados se encuentran 23 de los 28 miembros de la Unión Europea, 22 de los 27 miembros de la OTAN y 7 de los 8 miembros del G-8.

Han anunciado su rechazo a ese reconocimiento de la independencia de Kosovo países como Argelia, Argentina, Azarbaiyán, Bielorrusia, Chipre, Georgia, Eslovaquia, España, Moldavia, Rumania, Rusia, Venezuela, Vietnam y otros muchos.

8. Con su firme apoyo a Kosovo, Estados Unidos subraya su decidida apuesta por una política de seguridad crecientemente proactiva en los Balcanes, por ejemplo, en Albania, donde remodelará una antigua base militar, y en Grecia, con quien acaba de inaugurar un "diálogo estratégico" para reforzar la cooperación militar en el mar Egeo, con planes de apertura de bases. En los Balcanes, Washington trata de contrarrestar la influencia rusa, pero también la amenaza geoestratégica que para Occidente supone la triunfal entrada de China en Europa, a través de la Nueva Ruta de la Seda y el tren de alta velocidad Atenas-Budapest

9. La OTAN mantiene en Kosovo una fuerza internacional (KFOR, en sus siglas inglesas) desde que terminó la cruenta guerra de secesión contra Serbia en 1998-1999, que se saldó con 13.000 muertos y miles de desplazados, y a la que puso fin precisamente una campaña de bombardeos de 78 días de la OTAN, que aterrorizó a los habitantes de Belgrado. Era la primera vez, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, que se bombardeaba una gran ciudad europea.

10. En la base de Istog (o Istok, en serbio), al noroeste de Kosovo, que sirvió de cuartel general a las tropas españolas desplegadas tras la contienda, se había preparado desde hacía años el germen del futuro Ejército kosovar.

11. El 14 de diciembre de 2018, Kosovo ha aprobado la formación de un ejército propio de 5000 hombres.

12. Quien crea que la balcanización de la península ibérica es imposible, o ajena a la actual guerra comercial desatada entre las distintas potencias imperialistas, es un inocente o no está suficientemente informado.

13. Con la destrucción de Yugoeslavia, la Unión Europea se anexionó Eslovenia y Croacia. Para conseguirlo no tuvo reparos en bombardear Belgrado, pese al peligro de una intervención armada rusa.

14. China es la única potencia que está invirtiendo cantidades multimillonarias en infraestructuras en toda Europa Oriental, desde Atenas y Serbia hasta Hungría, República Checa y Polonia. Su proyecto estrella es el tren de alta velocidad Atenas/Budapest.

15. Estados Unidos tiene bases en España, Italia, Atenas, Albania y Kosovo.

16. Ucrania sufre una guerra civil, a caballo entre los intereses rusos y los de la Unión Europea.

17. La península balcánica no es la península ibérica y las condiciones económicas y geopolíticas son muy distintas. Pero, de ahí, a creer que ninguna potencia imperialista, ya

sea Estados Unidos, Rusia o China, no se atrevería a intervenir en favor de una independencia catalana, que debilitase a la UE, hay un trecho de realismo abierto a la especulación. Españoles y catalanes no son inmunes a esa guerra comercial entre potencias imperialistas. Lo sucedido en la península balcánica puede repetirse, con todas las variables que se quiera, en la península ibérica, en cualquier península y en cualquier región del mundo.

18. ¿Alguien puede negar la posibilidad de que cualquier potencia imperialista se planteara azuzar a los pequeños nacionalismos de catalanes, bretones, corsos, occitanos, escoceses, irlandeses, magiares, bávaros, flamencos, sicilianos, padanos, tiroleses, o de minorías musulmanas, serbias, croatas, gitanas, ucranianas, rusas, alemanas, etcétera?

19. El proteccionismo está a la orden del día en todo el mundo. Explica la conquista de la Presidencia de Estados Unidos por Trump y el alza de los partidos de la ultraderecha en toda Europa y que ya ha conquistado los gobiernos de Polonia y Hungría. La guerra comercial internacional en curso ejemplifica el Brexit como un ataque de gran calado contra la Unión Europea, fruto de las rivalidades entre las principales potencias.

20. Las guerras comerciales se resuelven siempre, tarde o temprano, en conflictos bélicos, que en ocasiones son indirectos o por terceros interpuestos, aunque acaben finalmente en un enfrentamiento directo. La independencia de Cataluña solo sería posible en uno de esos enfrentamientos indirectos entre potencias.

Tesis de 2018

Los nacionalismos son hoy, tanto en los Balcanes como en España y el resto de Europa, y en todo el mundo, un arma más en la guerra comercial entre las potencias imperialistas más destacadas: Rusia, Estados Unidos, China y Unión Europea.

El llamado Brexit no es otra cosa que un ataque frontal a la fortaleza de la UE.

China es el principal inversor en las infraestructuras de Europa Oriental: Polonia, Hungría, República Checa y sobre todo el ferrocarril de alta velocidad entre Atenas y Budapest. ¡En la propia Europa!

Durante la disgregación de Yugoeslavia, la Unión Europea bombardeó Belgrado con el objetivo de hacerse con Eslovenia y Croacia. Mientras tanto, Estados Unidos se aseguró una influencia determinante en Albania y Kosovo. Rusia tiene una influencia determinante en Montenegro y Serbia, mientras mantiene una guerra abierta en Crimea y Ucrania oriental. Bosnia/Herzegovina y Macedonia del Norte son auténticos polvorines que pueden estallar en cualquier momento, como apetecible juguete de unos u otros.

La independencia catalana sólo podría ser fruto de una crisis o colapso del Estado español, provocados por la intervención interesada de alguna de esas potencias: China y/o Estados Unidos en su rivalidad con la Unión Europea. Para Europa sería un golpe definitivo a sus pretensiones de configurar un grupo imperialista propio, fundamentado en el eje francoalemán. Así, pues, una Cataluña independiente sería probablemente un casus belli de ámbito mundial.

Las luchas de liberación nacional o cualquier intento secesionista de catalanes, corsos, bretones, flamencos, escoceses, etcétera... se inscriben en ese juego de la geopolítica mundial y enfrentamiento comercial entre potencias. La independencia de Cataluña solo puede ser una vía rápida al caos, la guerra y el sufrimiento.

Es la vía kosovar.

¿QUÉ HACER?

(Controversia con Octavio Alberola)

Octavio Alberola[2]:

Admitirás, Agustín, que aún admitiendo tu análisis y tu clasificación de la clases sociales[3], no es el error de los "catastrofistas, ludditas, antidesarrollistas, profetas, tecnófobos e idealistas de distinto pelaje y orientación", que "afirman que el proletariado ha desaparecido y/o ha dejado de ser el sujeto revolucionario", el único factor "que nos desarma como clase revolucionaria en lucha contra el sistema capitalista". Y, en consecuencia, que el verdadero problema a resolver, para poder afrontar eficazmente al capitalismo y hacer posible la revolución (la emancipación de la clase trabajadora de toda forma de explotación y dominación), es: ¿cómo evitar que el "sujeto revolucionario" siga desarmado o desarmándose?

Supongo que no te sorprende todo lo que hace el Sistema capitalista para desarmar ideológicamente al proletariado y "desactivar su potencial revolucionario". Es lógico que los capitalistas sólo por error hagan cosas que en lugar de desactivarlo lo activen. Lo grave es que desde posiciones que se pretenden anticapitalistas se contribuya a desactivarlo. Pero lo más grave es que el proletariado se haya dejado desarmar y desactivar por unos y por otros. Porque eso significa que o bien no tiene conciencia de clase, o que no quiere ser el "sujeto revolucionario".

Aunque quizás, estimado Agustín, el principal error haya sido considerar la lucha de clases como motor de la historia y que una clase debía salir triunfante de tal confrontación.

---

[2] Respuesta de Octavio a Guillamón

[3] Tú mismo reconoces que tal clasificación es aproximativa; pues "aún admite en el seno de cada clase una infinita gradación de situaciones económicas, sociales, políticas y culturales". Nota de Octavio.

Pues esa manera de interpretar la emancipación ha potenciado la delegación sobre la autogestión, confiscando al proletariado su revolución.

¿Cómo pues no comprender su actual desafección por este tipo de revolución? Sí, Agustín, "¿revolución o barbarie?" Pero sólo si "revolución" significa "poder de decisión sobre la propia vida". Y quizás eso es lo que el proletariado no tiene muy claro de poder alcanzar a través de los proyectos revolucionarios que se le siguen ofreciendo.

***

Nota de Guillamón

Las objeciones de Octavio son éstas:

1.- El sujeto revolucionario (el proletariado) se ha dejado desarmar. Octavio olvida que el proletariado fue vencido y masacrado en la guerra civil y en la Segunda Guerra Mundial. Fue derrotado, vencido y masacrado (50 millones de muertos en la Segunda guerra mundial). No “se dejó desarmar” como dice Octavio, sino que fue vencido con las armas en la mano.

2.- El error (¿de quién?) radica en considerar la lucha de clases como motor de la historia. Considerar “la lucha de clases como motor de la historia”, ha potenciado “la delegación sobre la autogestión”. El capitalismo, por definición y por esencia, es una sociedad dividida en clases, y en una sociedad dividida en clases, la lucha de clases es el motor de la historia, por definición y por esencia. No hay discusión posible. No es una teoría errónea, sino una realidad tangible y evidente.

La relación salarial es la esencia de la sociedad capitalista: los capitalistas compran fuerza de trabajo y el proletariado vende esa fuerza de trabajo,

3.- OCTAVIO comparte la visión de que revolución significa "poder de decisión sobre la propia vida", pero añade que el proletariado rechaza los proyectos revolucionarios que se le siguen ofreciendo. Pero Octavio: Nadie ha de ofrecerle nada, nadie ha de introducir la conciencia de clase en el proletariado. Nadie ha de de dirigir nada. Es el ABC más elemental y el grito de la Primera Internacional: "la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores". Hay aquí, querido Octavio, cierta incomprensión de lo que es el proletariado y su naturaleza.

Querido Octavio:

El ser precede a la conciencia. Dicho de otra forma, la conciencia es un atributo del ser. Sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existe teoría revolucionaria, ni avance teórico. Entre la teoría y la práctica puede existir un lapsus de tiempo, más o menos largo, en el que el arma de la crítica se transforma en la crítica de las armas. Cuando un movimiento revolucionario hace su aparición en la historia rompe con todas las teorías muertas, y suena la hora anhelada de la acción revolucionaria, que por sí misma vale más que cualquier texto teórico, porque pone al descubierto sus errores e insuficiencias. Esa experiencia práctica, vivida colectivamente, hace estallar las inútiles barreras y los torpes límites, fijados durante los largos períodos contrarrevolucionarios. Las teorías revolucionarias prueban su validez en el laboratorio histórico.

Conocer, divulgar y profundizar en el conocimiento de la historia revolucionaria, negando las falacias y deformaciones esculpidas o escupidas por la "sagrada" historiografía burguesa, desvelando la auténtica historia de la lucha de clases, escrita desde el punto de vista del proletariado revolucionario, es ya, en sí mismo, un combate por la historia, por la historia revolucionaria. Combate que forma parte de las luchas de clases, como cualquier huelga salvaje, la ocupación de fábricas, una insurrección revolucionaria, "La conquista del pan" o "El Capital". La clase obrera, para apropiarse de su pasado, ha de combatir las visiones socialdemócratas,

neoestalinistas, catalanistas, milenaristas, situacionistas, idealistas, liberales y neofranquistas. Ha de criticar y combatir visiones derrotistas y reaccionarias, como las extravagantes tesis de algunos neosituacionistas, que llegan a decir que no hay otra alternativa revolucionaria que la del cultivo del huerto, porque el proletariado hace ya años que fue derrotado y hoy ya no existe. Con tales "revolucionarios", y otros sepultureros, el capitalismo ya no necesita policía ni ejército.

El combate proletario por conocer su propia historia es un combate, entre otros muchos más, de la guerra de clases en curso. No es puramente teórico, ni abstracto o banal, porque forma parte de la propia conciencia de clase, y se define como teorización de las experiencias históricas del proletariado internacional, y en España debe comprender, asimilar y apropiarse, inexcusablemente, las experiencias del movimiento anarcosindicalista en los años treinta.

Las fronteras de clase profundizan un abismo entre revolucionarios y reformistas, entre anticapitalistas o defensores del capitalismo. Quienes levantan la bandera nacionalista, sentencian la desaparición del proletariado o defienden el carácter eterno del Capital y del Estado están al otro lado de la barricada, se digan anarquistas o se llamen marxistas. La alternativa se da entre los revolucionarios, que quieren suprimir todas las fronteras, arriar todas las banderas, disolver todos los ejércitos y policías, destruir todos los Estados; romper con cualquier totalitarismo o mesianismo mediante prácticas asamblearias y de autoemancipación; terminar con el trabajo asalariado, la plusvalía y la explotación del hombre en todo el mundo; atajar las amenazas de destrucción nuclear, defender los recursos naturales para las futuras generaciones..., y los conservadores del orden establecido, guardianes y voz de su amo, que defienden el capitalismo y sus lacras. Revolución o barbarie.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase asalariada y explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada; lucha porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en clase revolucionaria consciente, enfrentada al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y su-

perar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus posiciones políticas por medio de la toma de conciencia de sus insuficiencias o lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases de los distintos grupos de afinidad revolucionarios y de las diversas organizaciones del proletariado.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente o del pasado, el sabotaje, la organización de un grupo revolucionario, el ciego estallido de un motín, o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases.

La vida de un individuo es demasiado breve para penetrar profundamente en el conocimiento del pasado, o para ahondar en la teoría revolucionaria, sin una actividad colectiva e internacional que le permita hacerse con la experiencia de las generaciones pasadas, y a su vez le permita servir de puente y acicate a las generaciones futuras. Por eso considero tan importante este debate, por eso denuncio todas esas teorías reaccionarias de la desaparición del proletariado.

Saludos fraternales de Agustín

***

Octavio Alberola

Hola Agustín:

Partiendo de que coincidimos en que, "desarmado" o "derrotado, vencido y masacrado", lo importante hoy para el "proletariado" (por lo menos para su parte más consciente y

combativa) es proseguir la lucha contra el capitalismo y todas sus variantes actuales de dominación y explotación.

Y también de que, tras tantas derrotas, nadie puede pretender poseer la fórmula mágica para liberar a la humanidad de esa terrible plaga que amenaza devastar la Tierra entera.

Me parece necesario y útil reflexionar sobre el por qué de esas derrotas o de ese desarme; pues, pese a ser el "proletariado", la "clase trabajadora", superior cuantitativamente a la burguesía (aunque la relación no sea exactamente de 99 a 1% como se dice por ahí), ya ves cómo estamos hoy en España y en el mundo.

Es por eso que, dejando de lado la discusión sobre lo que cada uno entiende por "proletariado", "clase trabajadora", "guerra de clases" y si "el ser precede a la conciencia", etc., intentaré aportar (en un próximo artículo) algunas ideas sobre el significado y validez hoy del llamado de la Primera Internacional: “la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores”; pues yo también pienso que "las teorías revolucionarias prueban su validez (o su fiasco) en el laboratorio histórico". Creo que esa reflexión y debate puede ser más útil de esa manera y quizás logremos que otros y otras participen en él.

Fraternalmente

***

Guillamón

Muy bien Octavio: comparto contigo la necesidad de que el debate, si procede, sólo tiene sentido si resulta fructífero para todos.

Por desgracia, carecemos de una cultura del debate y la controversia. Los neosituacionistas y otros milenaristas, por ejemplo, recurren siempre al insulto y la descalificación gratuita del oponente, definido siempre como izquierdista o idiota, rehúyen toda sana controversia, porque ésta pone de

manifiesto la debilidad de sus argumentos y el carácter reaccionario de sus llamamientos "al cultivo del jardín".

En los años veinte y treinta, en el movimiento obrero, era habitual la práctica de controversias públicas, en la que los oradores debatían sus posiciones políticas ajenos a todo personalismo, con el sano objetivo de darlas a conocer y hacer pedagogía.

Saludos fraternales de Agustín

***

Nota de Guillamón respecto a la correspondencia:

Octavio aparece un tanto pesimista: Incluso en una revolución burguesa, como la Revolución Francesa de 1789, el pueblo y el Tercer Estado en 1787 no eran nada, ni podían nada, pese a representar al 99 por ciento de la población francesa. En 1789 lo podían todo y en 1793 el Antiguo Régimen había sido despedazado. Así, pues, también cabe el optimismo.

Las cuestiones que plantea Octavio Alberola se resumen en una sola y clásica pregunta: ¿Qué hacer? Quizás sea más adecuado contestar qué es lo que no hay que hacer. No hay que crear organizaciones minoritarias que se propongan guiar, organizar y sustituir al proletariado.

Hay que combatir las ideologías burguesas. Hay que conocer y aprender de las experiencias históricas del proletariado. La teoría revolucionaria se alimenta de esas experiencias.

Hay que combatir las ideologías derrotistas, como la de los situs que proclaman que el proletariado ya ha sido derrotado y es mejor abandonar toda teoría revolucionaria y dedicarse al cultivo del huerto, o del jardín, porque ya no existe proletariado y porque la catástrofe ecológica del planeta ya es irreversible, y sucedió ayer.

Hay que combatir las ideologías que proponen la conquista del Estado, porque la única vía revolucionaria del proletariado pasa por la destrucción del Estado y de las relaciones sociales de producción capitalistas.

La revolución social no es una cuestión de formas organizativas adecuadas, sino que depende de la extensión de la condición de proletario y de la toma de conciencia de tal condición. La gran contradicción que sume a tantos analistas en la confusión más penosa y en el inmediatismo más chato radica en la incomprensión de la condición proletaria en la sociedad capitalista. El proletariado en el capitalismo no es nada, ni puede nada, ni aspira a nada, ni tiene fuerza alguna, mientras sea una clase para el capital. Sólo cuando se constituye en clase, con intereses antagónicos al capital y el Estado que lo defiende, y se enfrenta al partido del capital adquiere su potencial revolucionario, en el propio proceso de la lucha de clases.

Las fronteras de clase profundizan un abismo entre revolucionarios y reformistas, entre anticapitalistas o defensores del capitalismo. Quienes levantan la bandera nacionalista, sentencian la desaparición del proletariado o defienden el carácter eterno del Capital y del Estado están al otro lado de la barricada, se digan anarquistas o se llamen marxistas. La alternativa se da entre los revolucionarios, que quieren suprimir todas las fronteras, arriar todas las banderas, disolver todos los ejércitos y policías, destruir todos los Estados, romper con cualquier totalitarismo o mesianismo mediante prácticas asamblearias y de autoemancipación, terminar con la plusvalía y la explotación del hombre en todo el mundo, atajar las amenazas de destrucción nuclear, defender los recursos naturales para las futuras generaciones..., y los conservadores del orden establecido, guardianes y voz de su amo, que defienden el capitalismo y sus lacras. Revolución o barbarie.

El proletariado, para vencer, necesita una conciencia cada vez mayor, superior y más aguda, de la realidad y de su devenir. Sólo con una conciencia crítica, elaborada en el estudio riguroso de las experiencias internacionales de sus luchas pasadas, podrá avanzar hacia sus objetivos. La conmemoración de la muerte de sus militantes, o de las masacres

de los asalariados, no puede ser jamás, para los revolucionarios, un acto religioso, o de homenaje a los héroes y de memoria individualista. Lo que importa es extraer las lecciones de las sangrientas derrotas obreras, porque las derrotas son los jalones de la victoria.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase asalariada y explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada; lucha porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en clase revolucionaria consciente, enfrentada al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, para tomar conciencia de éstas, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus posiciones políticas, corrigiendo sus insuficiencias o lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: **aprender las lecciones que nos da la propia historia**. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases de los distintos grupos de afinidad revolucionarios y de las diversas organizaciones del proletariado.

Los movimientos revolucionarios no nacen perfectos, tal como si fueran Palas Atenea, que surgió de la cabeza de Júpiter ya adulta y armada, con lanza y coraza. No trazan jamás una línea recta y continua, no han sido nunca una flecha que da directamente en la diana, sino que por el contrario avanzan, dudan, retroceden ante la inmensidad de las tareas a realizar, reanudan el proceso revolucionario, avanzan un paso y retroceden dos, se asoman al vértigo del abismo que abre la barbarie del antiguo régimen, y luego dan un gran salto sobre ese precipicio, o perecen en el intento.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente o del pasado, el sabotaje, la organización de un grupo revolucionario, el ciego estallido de un motín, o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases.

La vida de un individuo es demasiado breve para penetrar profundamente en el conocimiento del pasado, o para ahondar en la teoría revolucionaria, sin una actividad colectiva e internacional que le permita hacerse con la experiencia de las generaciones pasadas, y a su vez le permita servir de puente y acicate a las generaciones futuras. Y el papel de las minorías o vanguardias revolucionarias no puede, ni debe ser otro, que el de facilitar eses proceso de toma de conciencia del proletariado.

La bandera negra es la negación de todos los colores de todas las banderas, o si se prefiere, de todas las patrias y de todos los nacionalismos. Pero también es lo opuesto a la bandera blanca de la rendición, o si se quiere, al abandono de la lucha de clases para retirarse al cultivo del jardín, como proponen los situs y otros derrotistas "radicales" de distinto pelaje y confusión.

APÉNDICES

La historia es un campo de batalla más de la guerra de clases en curso

Introducción

La historia es un campo de batalla más, de los muchos que existen en la guerra de clases. No se trata sólo de recuperar la memoria de las luchas de clase del pasado, sino también del combate por la historia desde el punto de vista revolucionario, esto es, desde el punto de vista de la defensa de los intereses históricos del proletariado, que no puede ser otro que el de la TEORIZACIÓN de las experiencias históricas del movimiento obrero internacional. Ni la economía, ni la literatura, ni el cine, ni la política, ni la historia, ni cualquier campo de la cultura son neutrales, ni pueden serlo nunca, en una sociedad dividida en clases, porque son un despiadado campo de batalla.

Estamos hablando de la comprensión y de la defensa de los intereses históricos del proletariado, aquí y en Pekín, en París y en Perú, en New York y en Senegal, en todas partes. Estamos hablando de los intereses históricos del proletariado de hoy, de ayer, y del futuro, hasta su extinción como clase. Estamos hablando de nuestra historia (proletaria): real y materialista; enfrentada a su historia (burguesa): falsificada, falsificadora e idealista.

No se trata sólo de recuperar la memoria de los vencidos en la Guerra civil, ni de homenajear a los represaliados por el franquismo, ni de colocar placas o erigir monumentos, o establecer lugares de culto y memoria, ni siquiera de desmentir las aberraciones ideológicas de la derechona (tipo historiografía neofranquista de Pío Moa y César Alcalá), o las componendas justificadoras de la refundación democrática de la izquierdona (tipo historiografía liberal de un Ángel Viñas o la neoestalinista de un Ferran Gallego y un José Luis Martín), ni mucho menos los disparates independentistas y nacionalistas de un Miquel Mir o un Gonzalo Berger...

La indigencia intelectual de algunos descerebrados, con ordenador y web privados con los que difundir sus memeces, en ocasiones fundadores de partidos o Internacionales de un par de miembros, no se merece ningún comentario. Más allá de su confuso, disparatado e ilimitado corta y pego de las sacrosantas

obras completas de Marx-Engels-Lenin-Trotsky-Mao o de las obras escogidas de Bakunin-Kropotkin-Malatesta-Zerzan-Chomsky-Bookchin. Tampoco se trata de fabricar supermanes o ídolos proletarios, ni de proseguir la historia palaciega de reyes contra nobles, ahora como cómic de buenos y heroicos líderes obreros contra malos dirigentes traidores, como hacen puerilmente algunos brillantes plagiarios, metidos a cuentistas. Es mucho más importante que todo eso, que, a fin de cuentas, se resume en justificar los asesinatos de la guerra de exterminio de los franquistas; o bien en santificar y ensalzar la "gloriosa y terrible" derrota de los antifascistas (entre los que se incluye a los anarcosindicalistas).

No se trata de adorar viejos mitos, se llamen Lenin, Nin o Durruti y Amigos de Durruti, o de levantar altares donde consagrar y ungir nuevos héroes, ya sean Balius, Bordiga o "Bilan". Es más importante señalar sus errores, que los tuvieron, o descubrir sus deficiencias, que fueron las del movimiento revolucionario de su época. El mito de Lenin, Nin o Durruti no nos sirve para nada, sus deficiencias y sus equivocaciones sí, porque nos enseñan algo. Los mitos de ayer son nuestras cadenas de hoy; desvelar sus errores nos permite avanzar más allá de donde ellos fracasaron.

Pensar o escribir la historia es tan importante y tan sencillo como sacar las lecciones de la Guerra de España, que atañen a la alternativa revolucionaria del proletariado, en 1936. O, dicho de otra forma, se trata de teorizar las experiencias históricas del proletariado ¿Por qué?: porque el proletariado sólo puede aprender de su propia experiencia, de sus luchas, ya que no tiene más escuela que el laboratorio histórico. No otra cosa es el marxismo o el bakuninismo: la teorización de las experiencias históricas del proletariado, y de su existencia como clase explotada en el capitalismo. Aunque es muy posible que haya quien crea que marxismo son los escritos sagrados de un individuo genial, que vivió en el siglo diecinueve, y no su método de análisis, fundamentado en el protagonismo y las experiencias del proletariado en su época. Aunque es muy posible que haya quien crea que anarquismo son los escritos sagrados de un individuo genial, Bakunin, que vivió en el siglo diecinueve, o de Kropotkin, fallecido en febrero de 2021, y no las experiencias del proletariado en la lucha por su autoemancipación.

¿Qué lecciones pueden extraerse de la Guerra civil?:

1.- El Estado capitalista, tanto en su modalidad fascista como en su modalidad democrática, debe ser destruido. El proletariado no puede pactar con la burguesía republicana (o democrática) para derrotar a la burguesía fascista, porque ese pacto supone ya la derrota de la alternativa revolucionaria, y la renuncia al programa revolucionario (y a los métodos de lucha) del proletariado, para adoptar el programa de unidad antifascista con la burguesía democrática, en aras de ganar la guerra al fascismo.

2.- El programa revolucionario del proletariado pasa por la internacionalización de la revolución, la socialización de la economía, sentar las sólidas basas para la supresión del valor y del trabajo asalariado en un ámbito mundial, dirección de la guerra y de las milicias obreras por el proletariado, organización consejista de la sociedad y dictadura del proletariado sobre las capas sociales burguesas y pequeño-burguesas, para aplastar la segura respuesta armada de la contrarrevolución. La organización no es solo un programa, sino su defensa por parte de individuos movidos por la pasión revolucionaria. La principal conquista teórica de Los Amigos de Durruti afirma el carácter totalitario de la revolución proletaria. Es totalitaria, esto es; total, porque ha de darse en todos los campos: social, económico, político, cultural..., y en todos los países, superando todas las fronteras nacionales, y es además autoritaria, porque se enfrenta militarmente al enemigo de clase.

3.- La ausencia de una vanguardia revolucionaria, capaz de defender el programa histórico del proletariado, fue determinante, porque permitió que todas las organizaciones obreras asumieran el programa burgués de unidad antifascista (unidad sagrada de la clase obrera con la burguesía democrática y republicana), con el objetivo único de ganar la guerra al fascismo. Las vanguardias revolucionarias que surgieron durante la Guerra civil, lo hicieron tarde y mal, y fueron aplastadas en su intento, apenas esbozado, de presentar una alternativa revolucionaria, capaz de romper con la opción burguesa entre fascismo y antifascismo.

Conciencia de clase y vanguardia revolucionaria

En realidad, la conciencia de clase es un producto de la lucha de clases, determinado por el antagonismo de los intereses ma-

teriales, y el desarrollo de esa conciencia es paralelo al de la lucha de clases. La vanguardia revolucionaria no puede surgir en un período contrarrevolucionario. La clase obrera es revolucionaria, o no es nada. La vanguardia es un producto dialéctico del desarrollo de la conciencia de clase y, por consiguiente, un factor activo en ese proceso. La organización de los revolucionarios surge como una necesidad en el desarrollo de la conciencia de clase. Aunque la vanguardia y la clase están en relación orgánica, y son complementarios, no son idénticos, no deben confundirse. La organización de los revolucionarios es la expresión más alta de la conciencia de clase del proletariado, tanto política como históricamente. Los distintos grupos de afinidad y las diversas organizaciones son sólo una parte de la clase, y precisamente aquella que analiza con mayor claridad la situación. Más sencillo aún: el grupo de vanguardia no es otra cosa que la necesaria organización de los revolucionarios; y por eso mismo, en una situación revolucionaria aparecerán distintas organizaciones, vanguardias o grupos del proletariado.

La diferencia fundamental entre las opciones políticas de materialistas e idealistas radica en la distinta concepción de la naturaleza de la vanguardia revolucionaria y de sus funciones. Para los materialistas los diversos grupos formales de vanguardia son factor, pero también producto de la historia. Para los idealistas esos grupos son un factor para cambiar la sociedad y la historia, prácticamente ajenos a la situación social e histórica inmediata; las vanguardias son sobre todo la voluntad de sus militantes. De ahí el determinismo esencial de los materialistas y el voluntarismo de los idealistas.

En “La Ideología alemana” se define al comunismo como “el movimiento real que suprime el estado de cosas existentes”, que sitúa la conciencia revolucionaria en la existencia de una clase revolucionaria y que define explícitamente la conciencia revolucionaria como una emanación histórica del proletariado explotado. La continuidad con las “Tesis sobre Feuerbach”, donde se dice que los educadores deben también ser educados, es también evidente. En ambos trabajos Marx rechazaba ya a todos los “salvadores” del proletariado, a todos quienes creen que la conciencia comunista es aportada a los humildes obreros desde fuera de la clase obrera, por intelectuales y héroes, que nadie necesita.

Recapitulemos, pues, subrayando el carácter eminentemente pedagógico y ejemplar de la vanguardia (o de la nebulosa de los grupos de afinidad) como organización de los revolucionarios, que surge del seno del proletariado, y más concretamente de su necesidad de teorizar las experiencias revolucionarias de la lucha de clases, pasadas o en curso.

La fuerza de esa conciencia, en las clases peligrosas y subordinadas, es continuamente obstaculizada por el peso de las ideologías de la clase dominante, que en cualquier campo cultural, incluido el de la historia, dispone de todos los recursos del Estado, de la instituciones académicas y universitarias, de la prensa y medios de comunicación, de las empresas editoriales, de los intelectuales orgánicos, de los canales de publicidad y distribución, librerías, etcétera, etcétera, para imponer, en el caso de la historiografía, la versión de la historia oficial como la única y "auténtica" historia. Se pretende que aquello que la historiografía ignora, ni existe, ni ha existido nunca. Si la historiografía académica niega la existencia de una situación revolucionaria en la España de 1936, llegará un momento, desaparecida la generación que vivió la guerra civil, en que eso será un dogma inapelable, con el perverso objetivo de velar un importante episodio de la historia revolucionaria del proletariado. Igual sucede en cualquier otro campo ideológico y cultural. Existen, en España, dos historiografías burguesas, enfrentadas entre sí, pero coincidentes en lo fundamental, esto es, en la defensa del Estado y de la sociedad capitalista. Son la historiografía neofranquista y la neoestalinista-liberal. Incluso podría ramificarse el estudio en subespecies, de tipo catalanista o republicana, siempre con el sagrado respeto debido al Estado y la sociedad capitalista. Unos, los estalinistas y liberales, optan por defender la democracia; otros, los neofranquistas, también, aunque justifiquen la necesidad y valía histórica del franquismo. Ambos impulsarían, en caso de peligro grave de los fundamentos democráticos, o del Estado, el recurso al totalitarismo y la represión del proletariado, y se unificarían en una misma escuela historiográfica de "ideología demócrata, en defensa del capitalismo".

Habría, por supuesto, diferencias de matiz; y unos, los liberal-estalinistas, republicanos o socialdemócratas propondrían medidas represivas selectivas y transitorias; mientras otros, los neofranquistas y fascistas impondrían medidas represivas generalizadas y permanentes. Pero ambas facciones del capitalismo,

tanto la derecha como la izquierda, coincidirían en la fundamental defensa democrática y contrarrevolucionaria del sistema capitalista, mediante la brutal represión del movimiento obrero revolucionario. Es muy posible además que, en un futuro no muy lejano, paro y depresión económicas mediante, se responda a esa profunda crisis económica, política y social con un cambio de régimen, de carácter republicano, en el que se comprometan todos los defensores del capitalismo, una vez superadas ya las obsoletas diferencias entre franquistas y antifranquistas, por alejamiento cronológico respecto a la etapa de la guerra civil y de la dictadura franquista, con el objetivo común de aplastar a los revolucionarios. En España, esa desviación de las luchas anticapitalistas del proletariado en lucha antimonárquica (1931), antifascista (1936), o antifranquista (1976) es un recurso frecuente, que suele tener cierto éxito inicial, al menos en el campo ideológico. Izquierda y derecha del capital se complementan siempre, como yunque y martillo, para aplastar al proletariado revolucionario.

La constitución del proletariado en clase es un proceso histórico de luchas, en las que el proletariado puede aparecer como una fuerza de apoyo a la burguesía revolucionaria; o progresista, en la lucha contra fuerzas socio-políticas feudales; pero también puede surgir como fuerza destructiva del Estado burgués, construyendo sus propios órganos de poder obrero: los soviets en Rusia (1905 y 1917), los raters en Alemania (1919-1920) y los comités-gobierno o comités revolucionarios en España (1936-1937).

La desaparición del proletariado en la sociedad sin clases sólo puede ser una consecuencia de su constitución en clase dominante; pero siempre será una hipótesis optimista, pero no inevitable, a la que cabe otra salida terrible: la barbarie.

La historia de la constitución de la clase en partido histórico del proletariado, antagónico al partido del capital, es la historia de los distintos partidos, organizaciones, sindicatos, la nebulosa libertaria, los consejos obreros, o los grupos y vanguardias formales del proletariado. Para algunos historiadores la revolución fracasó en 1936 porque no había partido (formal), lo cual es inexacto, porque el propio partido no es un elemento indeterminado. La revolución fracasó, en la España de 1936, porque el antagonismo entre el proletariado y la burguesía hispana no había sido, en los años veinte y treinta, lo bastante intenso y

consciente como para hacer surgir la constitución formal del partido histórico de la revolución proletaria y hacer posible la organización consejista de la sociedad. Por otra parte, el proceso revolucionario mundial, iniciado en 1905, ya había sido derrotado internacionalmente en los años veinte (aunque no lo había sido en España).

Conocer, divulgar y profundizar en el conocimiento de la historia revolucionaria, negando las falacias y deformaciones que escribe la historiografía burguesa, desvelando la auténtica historia de la lucha de clases, escrita desde el punto de vista del proletariado revolucionario, es ya en sí mismo un combate por la historia. Combate que forma parte de las luchas de clases, como cualquier huelga salvaje, o el Manifiesto Comunista, la ocupación de fábricas, una insurrección revolucionaria, la nebulosa libertaria, La conquista del pan o El Capital. El proletariado, para apropiarse de su pasado, ha de combatir las visiones estalinista, liberal y neofranquista. El combate proletario por conocer su propia historia es un combate, entre otros muchos más, de la guerra de clases en curso. No es puramente teórico, ni solamente práctico, porque forma parte de la propia conciencia de clase, y se define como teorización de las experiencias históricas del proletariado.

El proletariado, para vencer, necesita una conciencia cada vez mayor, superior y más aguda, de la realidad y de su devenir. Sólo con una conciencia crítica, elaborada en el estudio riguroso de las experiencias de sus luchas pasadas, podrá avanzar hacia sus objetivos. La conmemoración de la muerte de sus militantes, o de las masacres del proletariado, no puede ser jamás, para los revolucionarios, un acto religioso, o de homenaje y memoria. LO QUE IMPORTA ES EXTRAER LAS LECCIONES DE LAS SANGRIENTAS DERROTAS DEL PROLETARIADO, PORQUE LAS DERROTAS SON LOS JALONES DE LA VICTORIA.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada, porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en partido del proletariado, enfrentado al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, para tomar conciencia de éstas, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus

posiciones políticas por medio de la toma de conciencia de sus insuficiencias y lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente, el sabotaje o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases. Y en todos, y en cada uno de esos combates, se plantea la conciencia de clase, y el devenir de la clase en partido del proletariado (antagónico al partido del capital).

Sin teoría revolucionaria no hay revolución. Sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existe teoría revolucionaria, ni avance teórico. Entre la teoría y la práctica puede existir un lapsus de tiempo, tan largo como el de una etapa contrarrevolucionaria de varias décadas, pero eso no significa una separación absoluta e insalvable entre teoría y práctica. El marxismo revolucionario es un método de análisis de la realidad social e histórica, que transforma el arma de la crítica en la crítica de las armas. LAS TEORÍAS REVOLUCIONARIAS PRUEBAN SU VALIDEZ EN EL LABORATORIO HISTÓRICO. El partido del proletariado no es sólo un programa, sino su defensa por parte de individuos movidos por la pasión revolucionaria, y organizados en diversos partidos, nebulosas y vanguardias de clase, que defienden distintas tácticas.

La visión modernista y progre quizás pueda aceptar que la historia del movimiento obrero, hoy, en España, es un combate contra la historia oficial del mandarinato liberal-estalinista, o la demanda comercial neofranquista. Ese combate por la historia sólo terminará cuando hayan desaparecido las clases, tras la victoria del proletariado, confundido ya con la humanidad. Lo que empezó como combate por la historia del proletariado, sólo puede culminar como historia del combate por el comunismo y la abolición de todas las clases, previa extinción del trabajo asalariado, de la ley del valor, de las fronteras nacionales, de todos los Estados, con sus ejércitos y policías. Y todo esto no

hace más que actualizar e ilustrar lo que ya escribió Marx en La ideología alemana: "la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante". Es decir, quien posee el poder económico dicta su historia, que adecuadamente falsificada e idealizada, es siempre la oficial y predominante. Esa sagrada historia burguesa oficial se cree y pretender ser, además, la única historia válida, y por ello, mostrará su elitista desprecio profesional y su ignorancia por la historia del proletariado. Sobre todo, su ignorancia.

Como decía el Manifiesto trapero de Puigcerdá. Combate por la historia:

"Con la ignorancia, omisión o minimización de las connotaciones proletarias y revolucionarias que caracterizaron el período republicano y la guerra civil, la Historia Oficial consigue ponerlo todo del revés, de forma que sus principales popes se imponen la tarea de reescribirlo todo, y consumar de este modo la expropiación de la memoria histórica, como un acto más del proceso de expropiación general de la clase trabajadora. Pues, a fin de cuentas, la historiografía es quien elabora la Historia. Si, paralelamente a la desaparición de la generación que vivió la guerra, los libros y manuales de la Historia Oficial ignoran la existencia de un magnífico movimiento anarquista y revolucionario, dentro de diez años se atreverán a decir que ese movimiento no ha existido. Los mandarines creen firmemente que nunca ha existido aquello sobre lo que ellos no escriben: si la historia cuestiona el presente, la niegan. [...]

Hay una contradicción flagrante entre el oficio de recuperación de la memoria histórica, y la profesión de servidores de la Historia Oficial, que necesita olvidar y borrar la existencia en el pasado, y por lo tanto la posibilidad en el futuro, de un temible movimiento obrero revolucionario de masas. Esta contradicción entre el oficio y la profesión se resuelve mediante la ignorancia de aquello que saben o deberían saber; y eso les convierte en necios. Y por esta misma razón la Historia Oficial se caracteriza por una absoluta incapacidad para el rigor, la objetividad y la totalidad. Es necesariamente parcial, y no puede adoptar más perspectiva que la perspectiva de clase de la burguesía. Es necesariamente excluyente, y excluye del pasado, del futuro y del presente a la clase obrera. La Sociología Oficial insiste en convencernos que ya no existe la clase obrera, ni la lucha de clases; a la Historia Oficial le toca convencernos de que nunca existió.

Un presente perpetuo, complaciente y acrítico banaliza el pasado y destruye la conciencia histórica.

Los historiadores de la burguesía tienen que reescribir el pasado, como lo hacía una y otra vez el Gran Hermano. Necesitan ocultar que la Guerra Civil fue una guerra de clases. Quien controla el presente, controla el pasado, quien controla el pasado, decide el futuro. La Historia Oficial es la historia de la burguesía, y hoy tiene por misión mitificar los nacionalismos, la democracia liberal y la economía de mercado, para convencernos de que son eternos, inmutables e inamovibles."

Mientras tanto, el combate por la historia pasa hoy por la teorización de las experiencias históricas del proletariado INTERNACIONAL, que ya realizaron en su momento Rosa Luxemburg, Herman Gorter, Anton Pannekoek, Amadeo Bordiga, "Bilan", Onorato Damen, Josep Rebull, Munis, "Alerta", Jaime Balius, Ridel y Prudhommeaux, entre otros. NINGUNO de ellos fue historiador; TODOS ellos fueron militantes revolucionarios, que no dudaron en estudiar y teorizar las experiencias históricas del proletariado revolucionario, porque para ellos el combate por la historia revolucionaria era una batalla fundamental de la guerra de clases. Porque no se trata sólo de escribir racionalmente la historia, fundamentada en la realidad de la lucha de clases y en los hechos humanos concretos, sino además, y ante todo, de perfeccionar, acrecentar, acendrar y cimentar la teoría revolucionaria.

Agustín Guillamón

Barcelona, 1 de junio de 2023

Ni revolución traicionada, ni ética pacifista

Lo que hace falta es un balance del pasado y un programa para luchar por el futuro.

Estoy absolutamente de acuerdo con la apreciación que hace Abel Ruiz (Red Libertaria, 14-5-2004) del libro ¿La revolución traicionada? (que repite el título de un libro de Trotsky) como una narración histórica demasiado simplificadora de los hechos, en la que no se explica por qué los héroes de ayer se convierten en los felones y traidores del día siguiente. Estoy de acuerdo con Abel en que no se entiende por qué Balius y sus seguidores de la Agrupación de Los Amigos de Durruti defienden unas posiciones extremistas que los convierten en los ¿únicos? revolucionarios, y a los demás (Peirats, Federica, García Oliver, Abad de Santillán, Peiró, etcétera) en simples traidores.

¿Dónde queda por otra parte, y qué papel juega, el grueso de la militancia anarcosindicalista? Con Amorós la historia del movimiento obrero se reduce a una breve lista de superhéroes revolucionarios puros (ayer Balius, Pellicer o Durruti, y mañana el iluminado de turno) en la que han desaparecido el anonimato de la masa y la clase obrera en acción (Red Libertaria, 5-6-2004).

Pero no discutamos de libros. Hay que debatir sobre hechos históricos, sobre realidades. Y es un hecho que el movimiento libertario fracasó. Se perdió la guerra, pero antes de perder la guerra se había perdido la posibilidad de hacer la revolución. ¿Por qué?: eso es lo importante, eso es lo que nos interesa comprender. Y el movimiento libertario jamás ha dado una respuesta convincente y coherente. La ambigüedad, la imprecisión o él ¿viva a las sagradas siglas? frente a esta cuestión no consiguen más que certificar la derrota de la guerra, prolongar la agonía de las ideas y cerrar el camino hacia el futuro.

Ante todo una discrepancia fundamental con Abel, cuando afirma que es ¿mejor perder la revolución que convertir el país en un baño de sangre?, porque esa opción ética nunca se

planteó así en la realidad, y en todo caso fue la victoria del fascismo la que dio paso a ese baño de sangre y a una dictadura bestial que impuso el terrorismo de Estado contra ¿los rojos? y practicó el genocidio del movimiento obrero; con torturas, prisiones, campos de exterminio y trabajos forzados, hambre, castigos y humillaciones de todo tipo, paseos y fusilamientos masivos hasta 1952.

En 1936-1939 no se dio en ningún momento la posibilidad de esa elección ética, planteada por Abel, entre perder los principios y las conquistas revolucionarias o transformarse en pelotones de ejecución. Por otra parte, los hechos históricos demuestran que se dio lo uno y lo otro al mismo tiempo: García Oliver renunció a principios y conquistas, y también puso, conscientemente o no, la primera piedra de los campos de trabajo republicanos; Manuel Escorza renunció a principios y conquistas y al mismo tiempo dirigió checas y pelotones de ejecución (de curas, fascistas y patronos, pero también de militantes libertarios), y los ministros anarquistas defendieron en el gobierno de la República (y en el gobierno de la Generalidad) el programa y los intereses propios de un gobierno de unidad antifascista, es decir, de un gobierno de unidad sagrada del movimiento obrero con la burguesía democrática, como los que existieron durante la Primera Guerra Mundial en Francia y Alemania, cuando se enviaba a los trabajadores franceses y alemanes al combate y a la matanza entre ellos por el bien de la patria francesa o alemana. El movimiento libertario en 1936 (¡después de setenta años de propaganda antiestatal!) no quiso o no pudo saber, ni entender, que las funciones estatales no varían ni un ápice porque haya cambiado el color político de las personas que ostentan el cargo de ministro. Los archivos demuestran claramente que, por ejemplo, Pedro Herrera, "conseller" de Sanidad, y Abad de Santillán, "conseller" de Economía, en los debates del gobierno de la Generalidad defendían y se comprometían a trabajar para que el movimiento libertario cumpliera los decretos emanados por el gobierno (sobre desarme de la retaguardia, militarización de las Milicias, disolución de los comités locales, limitación y sumisión de las colectivizaciones al decreto de octubre del 36, etcétera). Los ministros lo eran para integrar y someter el movimiento anarcosindicalista en el gobierno de unidad antifascista y dejarían de ser

útiles, como tales, si no pudieran o supieran conseguir esa sumisión. No se trata aquí tampoco de una opción ética (los ministros y ¿consellers? anarquistas no eligieron ¿traicionar?), sino que simplemente ejercieron lo mejor que supieron sus funciones de ministro y ¿conseller?, en el seno del engranaje estatal, porque lo que sí se había elegido era colaborar con el gobierno.

No sé si Abel puede comprender que los principios revolucionarios (y no la ética) son el arma fundamental de la revolución. El 19 de julio se derrotó al ejército casi sin armas; en mayo del 37 los obreros, fuertemente armados, fueron derrotados. ¿Por qué?: porque en julio tenían unos objetivos políticos claros de derrotar al ejército y al fascismo en la calle; y por el contrario en mayo estaban políticamente desarmados, organizativamente divididos y los líderes más destacados y sacralizados estaban ya del otro lado de la barricada: Mayo del 37 fue un movimiento espontáneo en defensa de las ¿conquistas revolucionarias? de Julio, que carecía de objetivos precisos. Y Los Amigos de Durruti lo que intentaron hacer fue dar unos objetivos revolucionarios concretos: sustituir la Generalidad por una Junta Revolucionaria (sin alianza alguna con la burguesía y el estalinismo) y dar todo el poder económico a los sindicatos. Pero fracasaron. Los Amigos de Durruti eran una Agrupación anarquista con cinco mil simpatizantes y cuatrocientos hombres armados en la calle. Y enfrente, del otro lado de la barricada, se encontraron con los de siempre: la policía, el burgués, el gobierno; pero ahora como novedad también a la burocracia obrera cenetista y estalinista. Y esto fue así, se quiera o no se quiera aceptarlo. Y fue muy grave. Y no reconocerlo en 2004, o taparlo con dos vivas y tres olés, es aún más grave.

Pero Los Amigos de Durruti, hijos del momento histórico que vivieron, no eran superhéroes y tenían sus propias limitaciones teóricas y organizativas, por lo que no pudieron, ni siquiera lo pretendieron, convertirse en una "alternativa revolucionaria" a la CNT-FAI, con la que no sólo no rompieron nunca, sino a la que se aferraron organizativamente ante las pretensiones de expulsión de los comités superiores. Sólo pretendieron criticar la renuncia a los propios principios y la burocratización de esos comités superiores, para volver a encarrilar a la organización confederal sacándola de sus te-

rribles contradicciones. Fueron un espejo irritante que daba una imagen monstruosa que muchos no quisieron ni quieren ver. Era y es mejor romper el espejo.

La pregunta fundamental, la cuestión tabú del movimiento libertario y el tema que tantos libros e intelectuales no llegan a dilucidar, porque no la comprenden, ¿es porqué los revolucionarios de ayer se convirtieron unos meses después en ministros, en bomberos, en contrarrevolucionarios? ¿Por qué los líderes anarquistas y/o el movimiento libertario renunciaron a la revolución en julio del 36 y en mayo del 37?

¿La revolución traicionada? es un producto de la corriente filosófica postsituacionista, enmarcada en el grupúsculo de la *Enyclopedie des Nuissances* (Jorge Semprún). Su argumentación y conclusiones son tan pobres y tan simplificadoras que no explican nada: ¿los líderes traicionaron, fue una REVOLUCIÓN TRAICIONADA? La historia se convierte en historieta; los líderes en ridículas caricaturas de Batman (los buenos) o Jocker (los malos); y la masa obrera es sólo un objeto amorfo y fofo digno de manipulación. Tampoco se explica por qué surgen esos líderes y cómo se convierten en omnipotentes dentro de la organización. Si a esta tesis de la "Traición" añadimos la afirmación (expresada contundentemente en el prefacio de Amorós) de que HOY ya no existe la clase obrera, nos hallamos sin duda ante una narración histórica objetivamente antiproletaria. La clase obrera no sólo fue derrotada por el fascismo y estuvo aplastada por éste durante cuarenta años de una férrea dictadura, sino que según los postsituacionistas ¿ha desaparecido?, ¿ya no existe? O sea que los herederos del situacionismo han sido más efectivos que el fascismo, y han conseguido lo que éste no consiguió: el fin del proletariado. ¿No los situs?, ¡claro!, sino el análisis postsituacionista del capitalismo actual, según el cual los avances tecnológicos, los cambios sociológicos y estructurales de la organización del trabajo y la generalización de la condición asalariada han hecho desaparecer al proletariado como clase social.

No existe pues continuidad ni tradición alguna de la lucha de clases que el proletariado de los años treinta pueda transmitir al proletariado actual, porque sencillamente NO HAY PROLETARIADO.

Nos queda pues algo así como una arqueología del proletariado: la famosa ¿revolución traicionada? Pero por el camino nos hemos quedado sin historia y sin futuro? y además sin proletariado. Y como se ha decretado que ya no existe la clase obrera los postsituacionistas no dejan de buscar otro sujeto revolucionario, que investigan con lupa y afanosamente entre las luchas vecinales, urbanísticas, antitransgénicas, antinocivas, antiglobalización, antiave, o lo que se pete y preste porque esté de rabiosa moda o actualidad, con análisis tan brillantes y fatuos como el celofán que envuelve un regalo vacuo e inútil, porque las conclusiones son decepcionantes y las perspectivas desmovilizadoras. El abundante material de archivo sobre Los Amigos de Durruti que Amorós ha utilizado, aunque Abel desprecia porque lo ignora (y que puede consultar en su mayor parte en la web de BALANCE), merecía mejor tratamiento y destino que el de ilustrar una desafortunada y penosa cita de Camus.

Como muy bien dice Abel la TRAICION no explica nada: ¿por qué los que ayer eran revolucionarios unos meses después eran contrarrevolucionarios? El propio Abel apunta la respuesta, pero para rechazarla inmediatamente como absurda. Desde el primer momento el movimiento libertario, huérfano de programa y teoría revolucionarios, sostuvo la unidad antifascista. Se trataba de unirse con socialistas, estalinistas, poumistas, republicanos y catalanistas para derrotar al fascismo. El antifascismo fue en los años treinta el peor veneno y la mayor victoria del fascismo. La unión sagrada de todos los antifascistas para derrotar al fascismo y defender la democracia suponía para el movimiento libertario renunciar a los propios principios, a un programa revolucionario propio, a las conquistas revolucionarias, a todo? es decir, el famoso eslogan falsamente atribuido a Durruti: ?renunciamos a todo menos a la victoria?, para someterse al programa e intereses de la burguesía democrática.

Es ese programa de unidad antifascista, de colaboración plena y leal con todas las fuerzas antifascistas, el que condujo a la CNT-FAI rápida e inconscientemente a la colaboración gubernamental con el objetivo único de ganar la guerra al fascismo.

Es esa adhesión al programa antifascista (esto es de defensa de la democracia capitalista) el que explica por qué y cómo los mismos líderes revolucionarios de ayer se convirtieron algunos meses después en ministros, bomberos, burócratas y contrarrevolucionarios. Los Amigos de Durruti fueron el intento, surgido en el seno las propias filas libertarias, de defender y ampliar la revolución proletaria. Hay que hacer BALANCE, pero sobre todo hemos de ser coherentes. No se puede reivindicar Mayo del 37 y rechazar a Los Amigos de Durruti, no se puede reivindicar la revolución proletaria y defender una CNT-FAI capaz de engendrar, tolerar y defender la existencia de ministros anarquistas. No se puede teorizar hoy, como hace Abel, tras más de cien años de prédica contra el Estado, que cuando llega el momento de la verdad hay que respetar no sé qué imperativos éticos y defender la participación gubernamental en un gobierno antifascista? Para ganar la guerra al fascismo? Estas contradicciones e incoherencias son muy propias del movimiento libertario: la misma persona se siente capaz de reivindicar Mayo del 37 y rechazar el programa revolucionario de Los Amigos de Durruti (cuando los Hechos de Mayo fueron fruto del intento de imponer ese programa). Si los hechos son muy tozudos y evidentes, y su disculpa o comprensión nos hace comulgar con ruedas de molino, se dice que García Oliver y Federica cometieron ¿algunos errores? en lugar de entender que fue la CNT-FAI quien, FALTA DE UNA TEORÍA REVOLUCIONARIA SOBRE EL PODER, engendró eficientes ministros y burócratas que ahogaron el impulso revolucionario de las masas cenetistas e intentaron transformar la CNT-FAI en una organización más del aparato estatal republicano, PORQUE SE SOMETIERON AL GOBIERNO DE UNIDAD ANTIFASCISTA Y ADOPTARON EL PROGRAMA DE LA BURGUESÍA REPUBLICANA .

O se está por el Estado burgués y se le fortalece, o se está contra el Estado burgués y su destrucción y desaparición. Y es esa destrucción precisamente el inicio de una revolución proletaria; sin la cual no puede hablarse de revolución, sino en todo caso, como en la España de 1936, de una situación revolucionaria huérfana y desaprovechada. Pero no se puede apostar por las dos cosas, esto es, por la destrucción del Estado y por la colaboración con él, como hacen e hicieron mu-

chos, que en teoría estaban por lo uno y en la práctica por lo otro. Claro está que para resolver contradicciones e incoherencias tan evidentes siempre se puede recurrir a la excusa de las circunstancias y de la transitoriedad: ¿después de tomar Zaragoza?, ¿lo primero es vencer al fascismo?; o incluso a la filosofía criminal del pacifismo y la no violencia de Abel? es mejor colaborar con los cercanos, aún a riesgo de perder, que matarlos?, ?es mejor tener ministros anarquistas que pelotones de ejecución? olvidando que el único deber de los revolucionarios es el de hacer la revolución, y que es la derrota de la revolución la que hizo perder la guerra y dio vía libre primero al estalinismo (¡quince mil presos antifascistas en las cárceles de Negrín en 1938!) y luego al fascismo (cuarenta años de franquismo). Y digo que esa filosofía pacifista es criminal porque se trata de un pacifismo (inexistente en 1936 en la CNT-FAI) que deja al proletariado indefenso ante la violencia fascista.

En la España de 1936 no sólo faltaron fusiles, aviones y cañones, sino sobre todo un programa revolucionario, cuyo primer punto es la destrucción del Estado. ¿Pero acaso la destrucción del Estado no es el ABC de los anarquistas?

Hay que aprender de las derrotas del proletariado. Hay que hacer BALANCE. Y eso puede ser muy duro, mucho más que el de dar vivas a diestro y siniestro de tal o cual sigla, pero no hay otro camino. HAY QUE HACER BALANCE, porque el proletariado no tiene más escuela que la de su propia experiencia histórica, y de ahí el inmenso valor de esas derrotas de 1936-1939, que nuestros abuelos y padres han pagado tan caro, con tanta sangre, con tantas penalidades y tanto sufrimiento.

Porque el futuro no es de tal o cual sigla, más o menos gloriosa en el pasado, sino de ese proletariado que unos dan amoros-amente por muerto y enterrado, y otros llevan pacíficamente al matadero.

Ni Caín, ni Abel. Ni dioses, ni supermanes. Ni revolución traicionada, ni ética pacifista. Lo que se necesita es un BALANCE del pasado, y un PROGRAMA para luchar por el futuro, más allá de las siglas, más allá de las etiquetas...

“Durruti en el laberinto”
Reseña de otro libro de Amorós

"No voy a entrar a debatir los numerosos datos erróneos o las contradicciones manifiestas del libro. Véase, por ejemplo, como en la página 13 los 30.000 fusiles que el proletariado tomó del cuartel de San Andrés no son suficientes, y en la página siguiente, la número 14, sí que son suficientes, porque eso sirve para desprestigiar a Ortiz, delegado de columna Sur-Ebro de la CNT.

No intentaré comprender por qué siempre que Amorós cita la obra de Abel Paz es para señalarle un error. Por supuesto que Abel Paz, pionero en el estudio biográfico de Durruti, comete errores, que se descubren fácilmente treinta o cuarenta años después. Pero ¿por qué señalar sólo los errores, y no reconocer jamás que todos los estudios posteriores sobre Durruti se fundamentan en la investigación imprescindible de Abel Paz? ¿Es necesario desprestigiar a Abel Paz para encumbrar a Miguel Amorós? O mejor, ¿es Abel Paz culpable de haber tratado el tema antes de hacerlo Amorós? Dejemos tales miserias, nos basta con reconocer aquí y ahora la valía del trabajo de Abel Paz, como guía y sustento de cualquier investigador serio sobre la biografía de Durruti.

No intentaré entender cómo se atreve Amorós a enmendar, sin argumentos, la plana a todos los historiadores (y digo todos, académicos y no académicos) que afirman que el Pleno de Regionales de Locales y Comarcales, que decidió la colaboración de la CNT con el gobierno, se celebró el 21 de julio. Amorós dixit que el 23, siguiendo el error de García Oliver, sin crítica documental ni historiográfica que fundamente su afirmación. Amorós yerra: véase el informe de la delegación de la CNT al congreso internacional de la AIT, celebrado en diciembre de 1937. Y además Amorós ignora que las decisiones del pleno del 21 fueron confirmadas unánimemente en un segundo Pleno reunido el 26. O sea, que no fue una decisión precipitada, como dice Amorós, sino ampliamente meditada y discutida, que fue ratificada el día 26 de julio.

Y es que antes de dividir a los historiadores en académicos o no, hay que hacer una diferenciación entre historiadores rigurosos y literatos, que cabe calificar más que de historiadores, de cuentistas o narradores de ficciones más o menos inventadas desde la manipulación o invención de los hechos históricos. En esa corriente historiográfica cuentista cabría hacer un listado con César Vidal (franquista), Pepe Gutiérrez (antifranquista) y Miquel Amorós (situacionista). Antes que historiadores son ideólogos, cuentistas y plagiadores de historiadores rigurosos, que conforman una escuela que ha existido desde los principios de la escritura: los cuentos de las mil y una noches, de Alí Babá, de El príncipe Valiente, de Superman y Batman, de la lista de los reyes godos, de las historias de reyes y brujas, princesas y dragones, héroes y traidores, caballeros y villanos.

La soberbia de Amorós es inconmensurable, aunque menos que sus errores e ignorancias. A estas alturas ignora que el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA) ratificó en su reunión del 10 de septiembre su autodisolución. Ratificar significa que ya había sido decidida días antes. Y como la ignorancia es siempre audaz, dedica varias páginas de vacuas elucubraciones a la ¿sorpresa? de la disolución del CCMA a primeros de octubre. ¿Qué sorpresa podía haber cuando la disolución del CCMA ya se había decidido a primeros de setiembre? Por no hablar del Pleno de Locales y Comarcales de Barcelona, del 17 de agosto de 1936, que ya había decidido la salida de la CNT del CCMA. Pero Amorós también desconoce la convocatoria y decisiones de ese Pleno. Y así transcurre todo su libro, sumido permanentemente en una continua ignorancia, suplida con arriesgadas suposiciones, inteligentísimas cábalas y contundentes pronombres en primera persona.

Amorós además, cuando no le conviene, oculta datos: En la pág. 14 dice que Federica, Herrera, Santillán, Ortiz, Jover, Sanz y Aurelio asintieron, o callaron, en el Pleno (del día 21, que Amorós dice 23) que aprobó la participación de la CNT en el Comité central de Milicias Antifascistas, pero NO NOS DICE QUE DURRUTI TAMBIÉN PERMANECIÓ EN SILENCIO. ¿Por qué?: porque eso iría contra su mito del superhéroe Durruti. En la pág. 15 dice ¿esa misma noche hubo una última reunión en la que Durruti explicó su reserva?

¿Qué reserva?: la oposición de Durruti a proclamar el comunismo libertario hasta que no fuera liberada Zaragoza. Amorós lo tiene difícil, porque aunque está visceralmente contra García Oliver, ¿el malo de su película?, apenas puede ocultar que comparte las tesis de García Oliver, mientras tiene que perdonar, disimular y esconder la posición de Durruti, que ahora no es el superhéroe que nos quiere presentar. Porque aquí Amorós aprueba la táctica de García Oliver, y desaprueba a Durruti. Luego Amorós se inventa no sé qué ruptura inexistente entre Oliver y Durruti. Amorós, por otra parte, ¡en una biografía sobre Durruti! desconoce el discurso de Durruti en la mañana del día 24, en el que advierte del peligro que corre la retaguardia con la salida de los milicianos de Barcelona hacia el frente de Aragón.

No vamos a criticar el episodio moscovita, traído por los pelos, supongo que para añadir páginas al librito. No vamos a discutir la enésima teoría sobre el asesino de Durruti, sin más fundamento documental que una imaginación calenturienta y las ganas de marear la perdiz, sin novedad alguna que aportar a las distintas versiones existentes sobre la muerte de Durruti.

¿Un librito de historia o de comadreos? Amorós no es un historiador riguroso y creíble, porque escribe cuentos literarios, que deben más a la fantasía que a una documentación seriamente interpretada. Su librito carece de un serio y riguroso trabajo de investigación previo a la redacción del texto. Escribir historia es otra cosa, distinta de lo que hace Amorós: ¿ideología, literatura, palimpsesto, o una mezcla de todo esto? Vamos al meollo:

¿Cuál es la tesis central de Amorós? ¿Qué explicación o interpretación de los hechos históricos, más o menos válidos y casi siempre manipulados, hace Amorós?

Pues sencillamente ésta: todos los dirigentes anarcosindicalistas fueron traidores, excepto los dos superhéroes Durruti y Balius. ¿Traidores a qué? aunque no lo dice, parece ser que a la revolución libertaria, ¿a la Idea? ¡Vaya usted a saber!: pero TRAIDORES.

Porque aquí estamos tocando el fondo. Para Amorós la historia es una especie de cómic en el que sólo hay traidores-

bellacos-burócratas, en lucha desigual contra uno o dos supermanes de la acracia. ¿Dónde queda la base militante, la organización, el proletariado anónimo? Sencillamente no existen, o interpretan el papel de la bella durmiente, o también son traidores, o memos incapaces de enfrentarse a tanto traidor. ¿Pero podía ser de otro modo para alguien que clama a diestro y siniestro que el proletariado hoy, año 2006, ha desaparecido?

Creemos sinceramente que se puede criticar todo y a todos, y con todos se pueda debatir y enriquecerse mutuamente; pero también creemos que hay fronteras de clase infranqueables, y una de esas fronteras pasa por negar o afirmar la existencia del proletariado. Y las fronteras de clase están para impedir el paso al enemigo de clase. No se puede debatir con quien afirma que el proletariado ya no existe, porque esa afirmación lo sitúa entre los enemigos del proletariado.

En los años treinta ni los fascistas ni los nazis se atrevieron a tanto. Han tenido que llegar los voceros del primitivismo situacionista para atreverse a plantear la desaparición del proletariado ¡desde las filas de la CNT!

¿Qué hay que discutir con un Amorós que no sólo niega la existencia HOY del proletariado, sino que llega a decir ¡que el proletariado no ha existido nunca!, que ha escrito, en un artículo titulado *Leninismo: ideología fascista*, una sandez candidata a la lista de los mayores disparates historiográficos del mundo mundial, en la que dice que el proletariado es un invento de Lenin?

Decir que Peiró, García Oliver, Federica, Abad de Santillán, Marcos Alcón, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, etcétera, etcétera, etcétera, fueron traidores a la CNT me parece algo muy grave. También Balius lanzó ese insulto, al calor del debate, pero lo retiró unos días después. Amorós lanza ese insulto contra militantes fallecidos que no pueden defenderse y, lo que es más grave, que nadie defiende. Aquí pasa algo similar a lo que sucede cuando cita a Abel Paz, sólo para desprestigiarlo. No se trata de que todos esos dirigentes anarquistas fueran perfectos, y no cometieran errores. Pero si la historia sirve sólo para insultar el honor y la memoria de TODOS los responsables anarquistas, sin hallar lo que realmente importa, que es determinar las causas del fracaso

revolucionario de la CNT, como organización, PERO NO DE TAL O CUAL militante, sino de la organización en su TOTALIDAD, mejor leer un cómic de supermanes.

La CNT no fue una organización de traidores. La CNT fracasó como organización obrera, porque fue incapaz de llevar la revolución a buen puerto, pero en sus filas militó lo mejor del proletariado español de los años treinta. ¡No fue una organización de traidores! Y esto lo quiero gritar bien alto contra los situacionistas al uso y moda de Amorós.

Amorós hace con Durruti lo que ya intentaron los estalinistas: endiosarlo para matarlo por segunda vez; endiosarlo para cargarse la historia, la espontaneidad combativa y creadora de la clase obrera organizada en la CNT y su experiencia revolucionaria. Enaltecer a Durruti para hacerlo un supermán y atribuir el fracaso histórico de la CNT al resto de la organización, plagada de traidores, es una bobada que no explica nada. Fue la adhesión al programa antifascista el que condujo a los responsables cenetistas a abandonar el programa y los métodos de clase, para adoptar el programa y los métodos de acción de la burguesía republicana y democrática lo que explica el fracaso de la CNT.

García Oliver, Peiró, Federica y tantos otros no traicionaron nada, ni a nadie. Se limitaron a ejercer lo mejor que supieron los cargos de ministro o de responsable de tal o de cual cargo. Fue la CNT la que hizo ministros anarquistas. Fue la CNT, como organización, la que defraudó al proletariado revolucionario, cuando aceptó el programa de unidad antifascista. ESA ES LA CAUSA HISTÓRICA DEL FRACASO DE LA CNT y no el cómic de supermanes y traidores que nos cuenta Amorós.

Durruti no estuvo en ningún laberinto. Cuidado con el Minotauro que sólo puede vivir devorando a quienes osan perderse en el laberinto situacionista de Amorós. Si la clase obrera ya no existe, por qué no quita Amorós de una vez sus situacionistas manos de la historia del movimiento obrero, y sobre todo de la CNT. ¿Para qué refocilarse en la historia de una clase que, según él, fue derrotada definitivamente; que, según él ha desaparecido; que, según él, ya no existe, que según él no ha existido nunca?

La CNT no fue una organización de traidores, y en ella militó lo mejor del proletariado revolucionario español de los años treinta. Se puede y se debe criticar sin piedad, aunque para algunos triste y dolorosamente, los errores y quiebras del movimiento libertario; pero cuando esa crítica NO se hace desde las filas del proletariado revolucionario nos hallamos ante una crítica burguesa y reaccionaria, es decir, amoros-iana, que no nos sirve para nada, porque se hace desde más allá de las fronteras de clase.

La CNT, diga lo que diga Amorós, no fue nunca una organización de traidores, ni tampoco una organización de memos dirigida por traidores.

El síndrome de Antígona

La Antígona de Sófocles fue una de las tragedias más premiadas y representadas en la Atenas de Pericles. El argumento nos explica que Creonte, regente de la ciudad de Tebas, prohibió que se diera sepultura al cadáver de Polinices, que había muerto atacando su propia ciudad. La hermana de éste, Antígona, desobedeció su orden y le dio sepultura, por lo que fue condenada a muerte. El déspota Creonte desoyó todas las súplicas y peticiones de perdón. Su intransigencia en defensa de una ley estatal injusta, contraria a la piedad y las costumbres más ancestrales del derecho de la familia a enterrar a los suyos, le condujo al desastre. Su hijo Hemón, prometido de Antígona, se suicidó. Luego lo hizo su propia esposa, aunque en el último momento Creonte había reconsiderado su actitud.

La media España de los miserables, que perdió una guerra y fue fusilada, exiliada y humillada hasta el hartazgo, por su ejército, su iglesia, sus amos y los asesinos a sueldo, disfrazados de falangistas o policías, sufre el síndrome de Antígona, porque durante cuarenta años tuvo prohibido enterrar y honrar a sus muertos, y cuando fue la hora de reclamar ese derecho, durante la Transición, renunció, porque el terror de esos cuarenta años aún nos impedía ser libres.

Así nos va, ahora, cuarenta años después de los cuarenta años de franquismo, escarbando por caridad en esta o en aquella fosa común, y con el último timo de una infame ley, llamada de recuperación de la memoria histórica. El rey Creonte enterró viva a Antígona; en España se han muerto de viejos los padres y hermanos de quienes fueron fusilados y echados como perros en las cunetas, con la maldición de Antígona rabiando en sus entrañas.

Hijos y nietos aún han de batallar como jabatos para recuperar los huesos de sus antepasados. Asesinaron y robaron lo que quisieron y se sabían impunes. Que un criminal de guerra, confeso y victorioso, ocupase la Jefatura del Estado durante cuarenta años no se borra fácilmente, y sus secuelas son innumerables y persistentes. Mientras tanto, los jueces españoles, sin barrer la propia casa, se atreven con los criminales de guerra de allende mares y continentes, persiguiendo torturadores y genocidas, discípulos y émulos de sus maestros franquistas. Archiveros de algunas instituciones se otorgan el poder de decidir, a su

capricho, qué puede ser consultado. Antígona fue enterrada viva por Creonte y Transición. Ya es demasiado tarde para muchos, pero los nietos siguen en pie. La ignominia continúa, el combate por conocer toda la verdad, también.

Queremos los nombres, todos los nombres: el de los de los asesinados y el de los asesinos. Queremos saber cómo, dónde, cuándo, por qué y quién se enriqueció y/o detentó el poder gracias a tanta muerte, a una represión tan feroz, a tanto dolor.

La Guerra Civil no fue una guerra fratricida, fue una guerra de clases. El franquismo represalió, claro está, a las minorías democráticas, pero sobre todo impuso el terror a una clase obrera derrotada por las armas, vencida.

Y la cruz del Valle de los Caídos ha de ser dinamitada, porque es una cruz impía, porque es una cruz de victoria, porque es la cruz de una cruzada contra el pueblo. Y porque esa cruzada exaltó la cruz de la espada, pero esa cruz era la gamada.

No hay otro remedio al dolor, ni existe otra solución que saberlo todo, por todos los medios, con todas las fosas abiertas, con todos los archivos abiertos, sin traba alguna, con los recursos económicos que sean necesarios. Queremos saberlo todo, queremos todos los nombres, de asesinados y de asesinos, de cómplices y delatores, queremos saber el cómo, dónde, cuándo y por qué de cada muerto. Y sabido todo esto, queremos justicia. De no ser así, nos están enterrando en vida, como hizo Creonte con Antígona.

ÍNDICE

Combate por la Historia 1.1 ……..…7
Combate por la Historia 1.2 ……12
¿Qué es el Estado? ……..…..15
Capitalismo ……..……..23
¿Nación o Clase? ……...……26
Proletariado y clases sociales, hoy ……..……36
¿Qué fue el estalinismo? ……..……40
¿Qué es eso del antifascismo revolucionario? …..…47
Fascismo y Antifascismo …….……52
Derrotismo revolucionario ……..56
Chalecos Amarillos y lucha de clases ……..63
La Vía Kosovar ……..66
¿Qué hacer?
(Controversia con Octavio Alberola) ……..……77

APÉNDICES

La historia es un campo de batalla más de la guerra de clases en curso ……..……89
Ni revolución traicionada, ni ética pacifista ……..…99
“Durruti en el laberinto” Reseña de otro libro de Amorós ……..……106
El síndrome de Antígona ……...…112

Hay una contradicción flagrante entre el oficio de recuperación de la memoria histórica, y la profesión de servidores de la Historia Oficial, que necesita olvidar y borrar la existencia en el pasado, y por lo tanto la posibilidad en el futuro, de un temible movimiento obrero revolucionario de masas. Esta contradicción entre el oficio y la profesión se resuelve mediante la ignorancia de aquello que saben o deberían saber; y eso les convierte en INÚTILES. La Historia Oficial pretende ser objetiva, imparcial y global. Pero se caracteriza por su incapacidad para reconocer el carácter clasista de su pretendida objetividad. Es necesariamente parcial, y no puede adoptar más perspectiva que la perspectiva de clase de la burguesía. Excluye del pasado, del futuro y del presente a la clase obrera. La Sociología Oficial insiste en convencernos que ya no existe la clase obrera, ni el proletariado, ni la lucha de clases; a la Historia Oficial le toca convencernos de que nunca existió. Un presente perpetuo, complaciente y acrítico banaliza el pasado y destruye la conciencia histórica. Mejor trapero y coleccionista de papeles viejos que historiador.

Agustín Guillamón